

CARTAS A UN SACERDOTE RECIÉN ORDENADO



JOSÉ GEA ESCOLANO

CARTAS A UN SACERDOTE RECIÉN ORDENADO

JOSÉ GEA ESCOLANO

Editorial Letras Digitales
Colección Cruz Verde

Cartas a un sacerdote recién ordenado

© José Gea Escolano, 2015

Primera edición: diciembre de 2015

Coordinación editorial: Rafael Manuel Barbudo González

Editorial Letras Digitales

Colección Cruz Verde

Volumen 7

C/Zigia, 12-3ªA. 28027 Madrid

manuel@letrasdigitales.es

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	5
CARTA 1 ^A	8
LO QUE HAS EMPEZADO A SER	
CARTA 2 ^A	27
LO QUE ESTAS EMPEZANDO A HACER	
CARTA 3 ^A	54
TU MINISTERIO DE SANTIFICAR	
CARTA 4 ^A	84
VAS A PRESIDIR UNA COMUNIDAD CRISTIANA	
CARTA 5 ^A	120
EXIGENCIAS Y DIFICULTADES DEL SACERDOCIO	
CARTA 6 ^A	137
ESPIRITUALIDAD SACERDOTAL	

INTRODUCCIÓN

Querido Juan:

Mientras estábamos metidos en los preparativos de tu ordenación, se me ocurrió la idea de escribirte unas cartas que fuesen fruto de las experiencias de un hermano mayor, ofrecidas al hermano pequeño recién ordenado.

Quería ofrecértelas escalonadamente según fueras recibiendo los ministerios y las órdenes, pero me fue imposible; ahora te las ofrezco todas juntas. Voy a tratar de escribírtelas con sencillez y con familiaridad, sin ese aire serio con que solemos escribir los obispos.

Son fruto de mis propias reflexiones que voy a ofrecerte, como hechas en voz alta. Son reflexiones que me he hecho a mí, que te hago a ti y que ofrezco a todos los lectores.

Estas cartas quieren ser expresión de la comunión que constantemente debe reinar entre quienes for-

mamos el presbiterio de la diócesis, obispo y sacerdotes. En el ejercicio de tu ministerio experimentarás, a veces, la necesidad de apoyo y calor de tu obispo. Pero piensa que yo, como obispo, también necesito constantemente de tu ayuda y de la ayuda de todo el presbiterio. Porque, ¿qué es un obispo sin su presbiterio? ¿Qué hace un obispo en la diócesis si no impulsa el trabajo y la ilusión de sus sacerdotes? ¿Qué planes pastorales, qué proyectos, qué obras puede llevar a cabo un obispo, si no cuenta con la ayuda de quienes son sus necesarios e inmediatos colaboradores?

Al iniciar la redacción de estas cartas, preveo que algunas serán largas y un poco rollo, pero ¡qué le vamos a hacer! Creo que con buena voluntad podrás encontrar en ellas muchas de las reflexiones que tú te habrás hecho y que te habrán hecho también tus formadores. No he pretendido ofrecerte un trabajo más o menos completo de lo que es el sacerdote. Sencillamente he intentado recordarte algunos aspectos fundamentales del mismo. A veces olvidamos y nos metemos en disquisiciones inútiles y en acciones que no son las más indicadas.

Al releer estas cartas, veo que se puede decir mucho más y mucho mejor sobre los temas que te su-

giero en ellas. Pero debo optar entre ampliarlas y perfilarlas, con el inconveniente de que nunca se acabarían, o dejarlas como están, pues creo que ya te podrán ayudar en tu primera etapa de vida sacerdotal. Lo que en ellas te digo ya lo irás completando con lecturas de libros especializados sobre el sacerdocio, con las experiencias de los hermanos sacerdotes y con tus vivencias. Pienso que las horas invertidas en ello estarán bien empleadas si te ayudan un poco a integrar tu vida sacerdotal, recién estrenada, con la de Cristo sacerdote.

CARTA 1^A LO QUE HAS EMPEZADO A SER

Querido Juan Manuel:

Por fin llegó el momento de tu ordenación que indudablemente ha de imprimir un nuevo estilo a tu vida. Hasta este momento nos fuimos conociendo y tratando; nos hicimos amigos. Desde luego no siempre coincidíamos en nuestras respectivas opiniones sobre cosas. Te he hecho sufrir y me has hecho sufrir; como un amigo sufre por el otro cuando hay verdadera amistad.

Llegó el momento en que ambos vimos la conveniencia de tu ordenación en nuestra diócesis y empezaron los preparativos. Han sido días en que habrás vivido con intensidad. Has experimentado la cercanía de Dios y la cercanía del pueblo; te has sentido querido —y querido de verdad— por la gente. Indudablemente te has sentido otro.

Ha habido algo en ti que ha cambiado. Desde luego tienes muchas cualidades que Dios te ha dado;

algunas te las recordé en la homilía de la ordenación: Tu capacidad de establecer relación con la gente, tu servicialidad, tu capacidad de acogida, etc. Pero ésta no era la única ni la principal razón del eco que ha tenido tu ordenación; ha habido algo más. ¿No recuerdas la expresión de tantos rostros desconocidos en el besamanos cuando todos te felicitaban y felicitaban a tus padres? Estaban viendo en ti algo más que a ti mismo. Procura no perder nunca ese aire nuevo en tu vida que haga sentir a la gente que hay algo en ti que no eres tú. Procura no acostumbrarte a ser sacerdote. No olvides que el aprecio de la gente está en función de la visión que tienen de la presencia de Cristo en ti.

Supongo que te habrá concedido lo que a mí y a cualquiera de los sacerdotes. Los primeros días de la ordenación se encuentra uno distinto. No pretendo en unas líneas expresarte en qué consiste esa novedad que descubres en tu persona; pero sí voy a exponerte algunas reflexiones fruto de una vivencia de muchos años, no tan llamativa como al principio, pero sí más profunda y reflexiva.

Te has de comprender a ti mismo desde la fe; prescinde un poco de las emociones y trata de abrirte

conscientemente a tu nueva identidad. Cuando San Pedro dijo “*Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo*”, decía una gran verdad, pero no había profundizado en ella. También podríamos decir una gran verdad al afirmar de ti que, a partir de la ordenación, eres la continuación en el mundo de Cristo, el Hijo de Dios vivo; pero trata de profundizar en la riqueza de contenido de esa expresión.

No eres sólo un delegado de Cristo para unas acciones determinadas; se trata de algo más serio y más profundo; el delegado tiene su vida propia independientemente de su delegación; sólo en algunos momentos determinados actúa en nombre de quien le delega. En el caso del sacerdocio se trata más bien de “ser” en nombre de otra persona; no sólo de actuar; y menos, de actuar en determinados momentos. El sacerdote “es” otro Cristo; no se limita a actuar en su nombre. Se trata de una configuración ontológica y existencial con Cristo. Es difícil imaginarse lo que es “ser otro”. Esta nueva realidad que has recibido por la ordenación te define y te identifica más que tus cualidades personales y tu anterior realidad personal. El carácter te ha configurado definitivamente de una manera nueva; te ha dado una nueva significación.

No se trata de algo que has recibido y que ha dejado intacta tu realidad personal; se trata de algo que has recibido y que te ha integrado plenamente en la realidad de la persona de Cristo. ¿Un ejemplo? La naturaleza humana de Cristo. Cuando el Verbo asume la naturaleza humana, ésta queda integrada en la persona del Verbo. Tú también has sido asumido de una manera semejante. Así como en la naturaleza humana de Cristo no hay más persona que la divina, así también tu personalidad humana —ya vamos metiéndonos en altas disquisiciones teológicas— será tanto más perfecta cuanto más se refleje en ella la personalidad de Cristo; cuanto menos seas tú y cuanto más seas Él.

Tu persona, no sólo tus actos, ha quedado hipotecada o sublimada —como más te guste— por la persona de Cristo. Él continúa en ti su presencia salvífica en medio del mundo. Le has ofrecido por ello tu vida, todo cuanto eres, tu propia personalidad. Seguirás siendo tú mismo, pero en función de Él. Estás comprometido existencialmente con Cristo sacerdote.

De esta realidad ontológica, empieza a sacar conclusiones y verás dónde terminas. Te voy a ofrecer unas cuantas.

Si tu ser tiene una nueva significación, debe tenerla también tu sentir, es decir, tu psicología ha de ser también distinta: sentir como Cristo, pero sentir como Cristo en cuanto cabeza de la Iglesia, ya que continúas su ser capital. La frase “*Sacerdos in persona Christi operatur*” tiene también una traducción en el campo de la psicología, no sólo en el campo de la acción, y tiene su traducción psicológica porque su realidad sacerdotal está cimentada en su realidad personal.

Sentir como Cristo supone aceptar la voluntad del Padre en actitud de plena obediencia; supone solidarizarse con el hombre mirando con cariño al hombre y al mundo; supone sentir la urgencia del cumplimiento de la misión recibida, sabiéndose siempre en manos de Dios; supone sintonizar con las aspiraciones más profundas del corazón humano.

Y como consecuencia del sentir, encarnar en tu persona la actitud central redentora de Cristo: “*heme aquí para hacer tu voluntad*”. Es la victimación de Cristo y, por tanto, la victimación del sacerdote: unir tu propia voluntad con la voluntad del Padre. En esa comunión de voluntades encontrarás tu verdadera libertad. No dependerás de nada ni de nadie; no estarás

pendiente de unos ni de otros; te debe tener sin cuidado lo que puedan decir u opinar de ti los de arriba y los de abajo; estarás pendiente de agradar a Dios y no a los hombres. No estarás —atiende bien a esto— pendiente de tus derechos sino de tu deber; has sido asumido, has sido expropiado de ti mismo; no te debes tener en cuenta, como tampoco Cristo tuvo en cuenta su categoría de Dios y se hizo obediente hasta la muerte y muerte de cruz.

Juan Manuel, no tengas miedo. Es seguro que ante la grandeza de la exigencia sacerdotal te sientas, como me siento yo, muy pequeño, pero no abandones, ten clara esta meta, no renuncies a conseguirla. Es tarea de toda la vida, orién-tala en esa dirección, si a veces, en un futuro más o menos lejano, ves que no vas por ahí, corrige el rumbo; reemprende el camino y no olvides que si tú has aceptado a Cristo tal como es, Él también te ha aceptado a ti tal como eres; y tal como eres te ha elegido, pero para que no te conformes en ser como eres, sino para que te esfuerces en ser como Él. No temas nunca decirle al Padre lo que Él le dijo: *“Aquí estoy para cumplir tu voluntad”*.

Dentro de la integración total de tu vida en la

misión sacerdotal de Cristo, te invito a que reflexiones sobre la responsabilidad que has contraído. Me refiero a que la misión de Cristo consiste en hacer la comunión entre Dios y los hombres. Recuerda aquellas palabras de San Pablo cuando dice en su carta a los Colosenses que *“por Él quiso reconciliar consigo todos los seres: los del cielo y los de la tierra, haciendo la paz por la sangre de su cruz”*.

La cruz de Cristo por la que se realiza la reconciliación y la comunión entre Dios y los hombres, se constituye por su obediencia al Padre, en virtud de la cual hace de su vida una donación que en la cruz adquiere su máxima expresión. Cristo es punto central de comunión porque, por una parte, es donación del Padre a los hombres, y por otra, es donación de los hombres al Padre, en esta doble donación se consuma la comunión. La cruz será el momento culminante en que se expresan ambas donaciones. Cristo en la cruz lleva hasta sus últimas consecuencias su realidad de «donado». Su obediencia al Padre le hace vincularse a los hombres y se convierte en cruz. La cruz se consuma en la identificación de voluntades y se transforma en gloria.

Esta obra de Cristo de comunión a través de su donación es también nuestra obra y nuestra tarea como sacerdotes. También nosotros somos don del Padre a Cristo y, como Cristo, debemos ser don de los hombres al Padre. Esta es para mí la primera consecuencia de nuestro ser de sacerdotes: nuestro sacerdocio está, como el de Cristo, en función de la comunión, y la comunión sólo puede cimentarse en la donación.

Ser don sólo puede entenderse en el orden del amor. Si eres don del Padre a Cristo, ama de verdad a Cristo, con un amor personal, directo, intenso. La medida de tu amor dará la medida de tu donación y, por tanto, de tu posibilidad de hacer comunión.

Por otra parte, como el amor identifica a las personas, a medida que ames a Cristo, te identificarás con Él, es decir, te darás a los hombres como Cristo y con Cristo. Cualquiera que se te acerque descubrirá en ti el cariño de Dios. Serás, como Cristo, confluencia del amor de Dios y del amor del hombre. Que todos se sientan queridos por ti como se sentían queridos por Cristo cuando se acercaban a Él; y sólo si les quieres de verdad, podrán sentirse queridos. Queriéndolos así, podréis descubrir tú y ellos la presencia de Dios en

cada hombre; sólo queriéndoles podrás avivar el amor de Dios que hay en el corazón de cada hombre para que se integre en la gran corriente de amor y de comunión que fluye entre Dios y los hombres. En eso consiste el sacerdocio de Cristo y nuestro propio sacerdocio.

Mi querido amigo, también tú has sido donado a los hombres, a todos, no te perteneces: eres don del Padre a los hombres para que a través de ti se vaya construyendo la comunión. Déjate dar, permítele a Dios que haga de tu vida un don en línea de continuidad con el don que fue la vida de Jesús. Dios te ha asumido en el sacerdocio precisamente para que, como continuador de la obra de su Hijo, seas don del Padre a todos los hombres. Con esa donación, irás haciendo comunión.

Si tu donación ha de ser expresión de la donación de Cristo, habrá de tener, como la suya, dos características: intensidad y universalidad. Te debes dar sin reservas y te debes dar a todos por igual, como Cristo.

¿Quieres un resumen de todo esto en un pasaje del Evangelio? El retrato que Cristo hace de sí mismo bajo la imagen del Buen Pastor. Ahí van unas sugerencias por si te sirven.

En primer lugar, el Buen Pastor da la vida, toda, siempre, por cualquiera de las ovejas. Él ha asumido tu vida y la ha incorporado a la suya. Si tu vida es suya y la suya la ha dado toda por todas sus ovejas, también la tuya debe darse, toda, siempre y por cualquiera. Ya tienes ahí un programa para tu actuación sacerdotal. No te compliques mucho la vida pensando qué has de hacer; si eres consecuente con el hecho de que tu vida no te pertenece porque se la has dado a Cristo y Cristo la ha dado junto con la suya a los hombres, verás claro el camino. Pero sé consecuente: el camino te llevará a la cruz, a ninguna otra parte.

A otra parte conduce el camino del mercenario y del ladrón, pero el del Buen Pastor, no. El ladrón se aprovecha de las ovejas, aprovecharse del sacerdocio podría consistir en formarse un grupito de amistades con quienes se pasan ratos muy agradables, en una convivencia social en ambientes en que el sacerdote está bien visto y bien considerado, en vivir de una manera desahogada y cómoda, en buscar directa o indirectamente un cargo con que no complicarse demasiado la vida, en asegurarse el porvenir. En otras palabras, haciendo el juego a unos y a otros y acep-

tando, de entrada, el montaje de ascensos y escalafones. Esto equivaldría a renunciar a ser como el Buen Pastor, que da su vida por las ovejas.

Pero tenemos bastante ingenio y sin renunciar al pastoreo, encontramos una salida que nos puede tranquilizar: la del mercenario, sin ser ladrones, no somos pastores. El mercenario cumple. Cumple y cobra. Tiene un horario, unas tareas, una jornada de trabajo, un descanso y un sueldo. Tiene unos compromisos que no llegan al compromiso del Buen Pastor, es decir, a dar su vida. Por eso, cuando ve venir el lobo, huye, no son suyas las ovejas. Su vida, sí. En el caso del Buen Pastor sucede lo contrario: las ovejas sí son suyas y su vida no, porque la ha dado por las ovejas.

Somos mercenarios cuando nos limitamos a cumplir con el cargo que tenemos; cuando no vibramos ante las necesidades de cualquiera, pertenezca o no a la parcela de la Iglesia en que trabajamos; cuando nos encerramos en nuestro propio grupo y no colaboramos con los demás; cuando tenemos un horario de trabajo fijo y fuera de él rehuimos otras tareas sacerdotales porque decimos que no son de nuestra incumbencia; cuando estamos deseando acabar nuestra jornada de

trabajo para hacer de nuestro tiempo lo que queremos; cuando somos sacerdotes a ratos; cuando no queremos aceptar responsabilidades que van más allá del nombramiento que hemos recibido; cuando no estamos dispuestos a trabajar en cualquier parte; cuando no admitimos la colaboración de otros hermanos sacerdotes; cuando cometemos el pecado sacerdotal de “cumplir”, creyendo así que nadie puede decir nada contra nosotros. Nadie, excepto Cristo, que nos interpela sólo con la pregunta ¿de quién son las ovejas y de quién es tu vida? Querido Juan: nunca te conformes con la mediocridad del mercenario.

La gente te necesita, necesita tu ministerio. Te necesitan los niños para que, jugando con ellos, les hables de Dios. Te necesitan los jóvenes para descubrir en tu amistad a quien pueda orientar su vida. Te necesitan los hombres y mujeres adultos para no sentirse inseguros ante una sociedad sin rumbo. Te necesitan los matrimonios para sentirse confirmados en su amor y fidelidad viendo un estímulo en tu fidelidad al Señor vivida en tu celibato. Te necesitan los compañeros sacerdotes, religiosos y religiosas para vivir con alegría su consagración al Señor. Te necesita tu obispo para

sentir viva la comunión sacerdotal y verse comprendido y acompañado en la dura tarea apostólica. Te necesitan todos los creyentes para sentirse estimulados en la vivencia de la fe. Te necesitan los no creyentes aunque no sean conscientes de ello, para encontrar en ti un testimonio y un camino abierto que les lleve al Señor.

Dentro de esta línea de corresponsabilidad y de atención a las necesidades del pueblo, ahí van unos consejos que pueden servirte para iniciar concretamente tu tarea pastoral: uno, sobre tu campo de actuación; otro, sobre cómo debes mirar a la Iglesia; y el último, sobre tu inserción en el presbiterio.

Eres joven, pero no eres sacerdote sólo para los jóvenes sino para todos. Desde el momento de la ordenación, eres presbítero y sabes que presbítero significa anciano, y esto no es cuestión de edad sino de madurez. Desde esa madurez espiritual, vas a ser confidente, hermano y padre de jóvenes y de mayores. Si trabajas únicamente con jóvenes, corres el peligro de no madurar convenientemente. No tengas complejo ante los adultos, a mí me asustaba al principio presidir una reunión de personas mayores. Tu trato con ellos te ayudará y les ayudarás, podrás aprender y enseñar. Te

permitirá madurar tu personalidad sacerdotal. Te ayudará mucho a ser responsable.

Tu donación y tu comunión las habrás de vivir desde tu inserción en la Iglesia que es lugar de comunión entre Dios y los hombres. Has de integrarte plenamente en la Iglesia, has de vivir, hasta las últimas consecuencias, la comunión eclesial; y has de manifestar tu comunión con un inmenso cariño a la Iglesia por la que se entregó Cristo.

Ya sabes que la Iglesia, ésta, precisamente ésta, lo es no porque estamos en ella ni tú ni yo ni nadie de nosotros, sino porque está Cristo, que es la fuente de santidad. Diría más bien que la Iglesia es santa a pesar de estar nosotros en ella.

No sé si me habrás oído alguna vez compararla con un hospital. El hospital, a pesar de estar lleno de enfermos, es casa de salud, porque en él se puede recobrar la salud. Igualmente la Iglesia, a pesar de estar llena de pecados, es santa porque en ella podemos adquirir la santidad, y no sólo podemos adquirir la santidad sino que ha sido fundada por Jesucristo para que nos incorporemos a ella los pecadores. No te escandalices si la ves llena de pecados porque precisamente los

pecadores somos sus inquilinos, pecadores llamados a la santidad.

Ésta Iglesia, precisamente ÉSTA, es el cuerpo de Cristo. En ella, precisamente en ELLA, está el Espíritu purificándola, santificándola, dirigiéndola estrechando los lazos de comunión vital. Y cuantos más sean los fallos que tengamos quienes la formamos, más necesita de cariño, de comprensión y de ayuda. Y ten en cuenta que la Iglesia se santifica desde dentro de ella misma, nunca desde fuera. Nunca, te insisto una y otra vez, trates de realizarte como sacerdote ni como cristiano desde otro ángulo que no sea desde la comunión plena con ella.

Mira, es muy fácil criticar. Ante cualquier fallo de cualquier miembro de la Iglesia, es muy fácil reunirse con unos amigos y dar a la publicidad un escrito de esos que suelen empezar con la frase «Los abajo firmantes...». Eso es fácil y lo hace cualquiera. Lo único que se requiere para ello es tener los ojos abiertos y saber escribir.

Es más difícil y, desde luego, más eclesial, la corrección fraterna, que no sólo se puede, sino que se debe hacer. Al hacerla, a quien sea, piensa en primer

lugar que, si es evangélica, ha de producir comunión, tanto en la manera de hacerla como en los objetivos que intentas.

Por tanto, te aconsejaría dos pasos previos a la corrección fraterna; Primero, que digas, como el publicano: “*Señor, ten misericordia de mí porque soy un pecador*”; y segundo, que seas consciente de la medida en que participas del defecto que intentas corregir. Pues sólo cuando tú te renuevas, estás contribuyendo a la renovación de la Iglesia.

Te estoy poniendo la cosa un poco cuesta arriba, ¿no? Pues todavía falta algo que tampoco es juego de niños. Me refiero a la actitud que debes tener en la vivencia de la fraternidad sacerdotal. Me refiero a tus relaciones con los demás miembros del presbiterio y el trabajo en equipo.

Has de tener en cuenta que eres depositario de un sacerdocio compartido por otros hermanos. Tu sacerdocio y el de los demás sacerdotes son un mismo e idéntico sacerdocio, que es universal. De ahí que hayas de ejercerlo en corresponsabilidad. No puedes ejercerlo a tu aire, ni de cara a la gente, porque es un servicio y habrá que estar en función de sus necesidades, no de tus

gustos e inclinaciones, ni podrás ir tampoco a tu aire prescindiendo de los demás hermanos sacerdotes, ya que se trata de un único sacerdocio destinado a todos los hombres. ¿Qué dirías de los trabajadores de un campo que tuviesen entre todos la posibilidad de regarlo debidamente si cada uno se empeñase en regar la parcela que le viniese en gana? Unas parcelas tendrían demasiada agua y otras no tendrían la suficiente: el campo improductivo. Así sucede en nuestra Iglesia cuando nos empeñamos en ir cada cual a su aire, cuando no dialogamos ni programamos juntos ni nos complementamos, tanto si se trata de sacerdotes que trabajan en una misma parroquia como si se trata de los que trabajan en parroquias distintas.

Actuar en equipo con los demás sacerdotes, aunque es necesario, sé que no es fácil. De eso serás consciente a las primeras de cambio.

Nunca coincidirás plenamente con cualquiera de los hermanos sacerdotes. Será la manera de ser, el carácter, los criterios pastorales, los puntos de vista, los enfoques, la edad... No esperes nunca encontrar a nadie que sea igual a ti ni que piense exactamente igual que tú en todo. Pero ten en cuenta también que nadie, sea tu

cura, tu coadjutor, tu compañero de trabajo sacerdotal o tu obispo, podrá impedirte realizar con ilusión tu trabajo ministerial. Te lo podrán dificultar, nunca impedir. Es posible que no puedas realizarlo plenamente a tu gusto, pero el sacerdocio de Cristo que está vivo en ti, no puede anularlo nadie. Ante las dificultades que puedas tener con los hermanos, puedes optar por decir: “*no me dejan hacer nada*” y quedarte cruzado de brazos, o puedes encontrar vías de realización de tu sacerdocio que no sean precisamente las previstas por ti en un primer momento, y puedes —yo diría que debes, prescindiendo de las conclusiones a que puedas llegar— plantearte si lo que habías pensado hacer es lo más conveniente o lo más acertado. De todos modos, debes estar siempre abierto al diálogo para encontrar juntos la manera más apta de ejercer el ministerio.

No hay otra salida que la comunión vivida en intensidad y en perspectiva de universalidad. Es nuestra cruz y nuestra gloria ¿no te parece? Pero también te digo, por la experiencia personal y por los casos que he conocido a través de bastantes años, que la única manera de encontrar sentido a nuestro sacerdocio y de vivirlo con entusiasmo es esa. Cada vez voy comprendien-

do con más claridad la frase del Señor: “*el que pierda su vida por mí, la encontrará*”. En nuestro caso se trata de encontrar sentido al sacerdocio, a la dedicación, al esfuerzo, al sacrificio, a la incomprensión, porque ves que, a través de ti, Cristo se manifiesta, se anuncia, se comunica, se ama. Encuentras la vida cuando das la tuya y encuentras que tu vida dada incondicionalmente tiene sentido cuando le das precisamente el sentido que tiene: cuando la pones junto a la vida de Cristo para la salvación de todos.

Animo, Juan, tu vida no es tuya, pero la Vida de Cristo, sí. Sé consecuente.

CARTA 2^A LO QUE ESTAS EMPEZANDO A HACER

No sé, querido Juan, si te encontrarás un poco trabado cuando tengas ante ti a mucha gente, conocidos y desconocidos, y hayas de soltarles un sermón. Al principio impresiona un poco, pero uno se va acostumbrando a predicar y tanto se acostumbra que, a veces, ni siquiera se prepara lo que tiene que decir.

Ya sabes que predicar no consiste sólo en hacer sermones, se trata de algo mucho más profundo y enriquecedor. Predicar en el sacerdote equivale a actuar con la conciencia de ser portador del mensaje de salvación, haciendo consistir este mensaje no sólo en un cuerpo de doctrina bien trabado, sino sobre todo en una persona, Cristo Jesús. Predicar consiste en dar a conocer a Cristo y cómo Cristo es Palabra y la palabra esencialmente dice, el conocimiento de Cristo está siempre diciendo algo, está siempre siendo mensaje: mensaje que tú has de ofre-

cer como Cristo lo ofreció, con tu vida y tu palabra, pues también tu vida ha de ser palabra, como lo fue la vida de Cristo. También tú, como Él, has de ser mensaje y mensajero.

En el prólogo de San Juan se dice que Jesús es la Palabra que se ha hecho carne. Y San Agustín, a propósito de la frase del Bautista en que se define a sí mismo como voz, distinguiendo voz y palabra tiene un comentario muy bonito que recoge nuestro oficio de lectura. La voz transmite la palabra, la voz desaparece y la palabra queda. La palabra es la idea que se transmite por la voz. La voz debe transmitir fielmente la palabra. El sacerdote, querido Juan, debe ser siempre voz. La Palabra es Cristo y está en la Iglesia. Tu voz ha de estar en perfecta sintonía con la voz de la Iglesia para que, a través de ella, todos perciban la única Palabra que hay en ella, que es Jesucristo. Y de ese modo afirmarás tu personalidad sacerdotal. La destruirías si tu voz no estuviese en sintonía con la voz de la Iglesia o si pretendieses constituirte en palabra. Tu voz puede estar vacía de la palabra que debe comunicar y entonces sonaría a hueco, o puede ser manifestación de la palabra que tú conviertes en vida.

En la medida en que tu vida esté identificada con la vida de Jesús, estarás actuando como realmente debe actuar el sacerdote. Si la Palabra te ha invadido en tu propia vida, serás voz llena de contenido, serás mensaje y mensaje de Jesús.

Casi nada lo que acabo de decirte. Que tu vida deber ser palabra y Palabra de Jesús, al mismo tiempo que voz llena de contenido. Entonces tu vida será mensaje. Tú seguirás siendo el mismo pero, como ya te dije, con una significación distinta. Y esa nueva significación te exigirá estar siempre pendiente de dos puntos de referencia: el mensaje y el hombre concreto a quien se lo has de ofrecer. Te debes al mensaje y te debes al hombre. Como Jesús, has de esforzarte y capacitarte para cumplir con esa doble fidelidad.

Ahí van, pues, unas reflexiones sobre el mensaje, sobre la manera de contactar con el hombre moderno y sobre la preparación que has de ir necesitando para desarrollar con fruto esta tarea.

Ser portador del mensaje te debe suponer un esfuerzo constante para acomodar toda tu vida a Él, aunque ello te suponga ir cuesta arriba y aunque tengas que cambiar mucho, aunque algún aspecto del

mismo no esté de moda y esté en oposición con el ambiente.

En no pocas ocasiones el mensaje que predicas te estará inquietando, porque te estará exigiendo acomodar tu propia vida a lo que estás diciendo. Y los fieles deberán escucharte y seguirte en la medida en que tú les ofrezcas el Evangelio, y deberán imitarte en la medida en que tú imites a Cristo, es decir, en la medida en que sintonices voz y palabra. La gran tentación que podrás tener será constituirte como palabra desconectado de la Palabra.

Por otra parte, también has de tener en cuenta que tu voz en tanto es válida en cuanto es voz de la Iglesia. En ella y en su nombre proclamas el mensaje. No es tu ciencia o tus opiniones lo que proclamas, sino que expones la fe de la Iglesia. Esto no supone ninguna despersonalización, sino una afirmación de la nueva significación de tu personalidad. Esto te da a ti y a los demás la seguridad de estar edificando vuestra vida de fe sobre el sólido cimiento de la Palabra de Dios. Es la Iglesia quien proclama, a través de ti, el mensaje de salvación.

Si el mensaje nos transmite la persona y la doctrina de Jesús, nada hay secundario en el Evangelio

que pueda relegarse a un segundo plano o a no ser tenido en cuenta. El mensaje es luz y ha de iluminar toda la realidad humana, incluso la suciedad que hay en cada uno de nosotros. Nadie debe apagar esa luz ni convertir la luz radiante del Evangelio en una luz mortecina que apenas sirva para poder andar a tientas, y menos que nadie, quien ha recibido del Señor el encargo de iluminar. Nadie puede desvirtuar el Evangelio, ni cambiarlo, ni interpretarlo a su aire. Debes ofrecerlo y exponerlo siempre íntegro, con fidelidad y en sintonía con el Magisterio de la Iglesia: exponerlo todo y a todos. Nunca te avergüences ni te acomplejes de ofrecerlo en su integridad, aunque se rían de ti. De Cristo también se rieron y se escandalizaron, algunos le abandonaron porque les parecían duras sus palabras.

Es cierto que hay opiniones teológicas para todos los gustos, pero tu misión, como sacerdote, es presentar la doctrina revelada, no una opinión teológica. La fe es única para toda la Iglesia, y la fe se funda sobre el sólido fundamento de la verdad divina propuesta por la Iglesia. La teología ayuda a la Iglesia a avanzar y a profundizar en su fe. Pero lo que nadie puede hacer es confundir lo que es doctrina de la fe con lo que son

opiniones teológicas. La teología ayuda a clarificar la fe, como la investigación ayuda en el progreso de la medicina. Lo que no puede hacer el médico es recetar a los enfermos lo que todavía está en proceso de investigación. Cuando se vean los frutos de la investigación, no sólo podrá, sino que deberá recetarlos, pero no antes de tener las seguridades pertinentes. Lo mismo sucede en el campo de la fe: no hay que confundir su contenido revelado con su explicación racional.

Tú eres fundamentalmente pastor, aunque estés impuesto en teología. Quizá debido a nuestra formación teológica no distingamos con suficiente claridad en nuestra actuación pastoral lo que es opinión teológica de lo que es doctrina cierta y segura. Guárdate de presentar ante los fieles cuestiones de gabinete en perjuicio de la doctrina fundamental cristiana.

Con ello no quiero decirte que tengamos que estar al margen de las corrientes teológicas actuales: al contrario, debemos estar muy al día, pero no para ofrecerlas a los fieles indiscriminadamente, sino contrastadas con la doctrina segura y clara.

A imagen del Buen Pastor, debes saber buscar dónde están los buenos pastos, has de saber valorar y

discernir todo lo que se ofrece por ahí. Los fieles confían en ti y lo que te piden es seguridad: que la tengas y que se la des.

Dar seguridad no equivale, ni mucho menos, a quedarse anclado en el pasado. Al contrario, consiste en caminar, ya que la Iglesia es un pueblo en marcha. Dar seguridad a un pueblo peregrino supone tener ante los ojos la meta hacia la que vamos y tener la convicción de que el camino escogido, por ser el señalado por Cristo, nos conduce a la meta. Por tanto, desde la fe debes ofrecerles respuestas seguras y válidas para ayudarles a solucionar problemas que día a día les va presentando la vida.

Cada uno tiene sus problemas: hay que personalizar en la presentación del mensaje. Por tanto no puedes ser un dubitativo ni un problematizado. Debes ofrecerles la seguridad de la fe. Y no puedes inhibirte ante la cantidad de problemas y cuestiones que circulan en nuestra sociedad y que están pidiendo una respuesta a la Iglesia. Debes tomar postura, y ésta no puede ser otra que la presentación clara y rotunda de lo que el Evangelio dice clara y rotundamente, aunque sea duro y cueste advertirlo. Encontrarás oposición en algunos

ambientes, pero no es este el problema. Haciéndolo así, habrás apacentado debidamente y habrás ofrecido los buenos pastos.

Te encontrarás con muchas cuestiones que tiene planteadas el hombre moderno sobre la familia, trabajo, política, moralidad, violencia, libertad, derechos humanos... y, bajando a problemas concretos, habrás de tomar postura ante hechos como: control de natalidad; aborto; anticonceptivos; divorcio; relaciones prematrimoniales; salario justo; intereses del capital; reivindicaciones laborales; honradez política; normas y leyes sociales; etc...

Has de iluminar desde el Evangelio la problemática concreta que está viviendo la comunidad a la que sirves. Has de saber traducir las enseñanzas del magisterio sobre el particular y has de saber aplicarlas a las cuestiones debatidas. Al hablar sobre ello, una vez más te insisto: has de aunar la verdad con la caridad. Por sistema no puedes ponerte al lado de nadie, sólo al lado de la verdad, y por sistema tampoco puedes ponerte en contra de nadie, sólo en contra del mal, de todos los males. No caigas en la tentación de polarizar tu acción profética en cuestiones sobre las que está

polarizada nuestra sociedad. Tal podría ser el caso de la injusticia social en nuestros días. Hay otros males, además de éste, que esclavizan al hombre y sobre los males debes proyectar la luz del Evangelio. Preséntate siempre con mucha sencillez, con mucha humildad, ofreciendo, estimulando, proponiendo con claridad todo el mensaje. Tampoco caigas en la tentación de halagar, de no crearte complicaciones, de no decir la verdad, aunque duela y por ello podáis ser rechazados tanto la verdad como tú. Contrasta tus criterios con los del magisterio, aunque ello te pueda suponer cambiar de manera de pensar. Esos criterios debidamente contrastados son los que debes proclamar porque son los que realmente pueden ser una ayuda para ellos y para ti mismo. Y, desde luego, deberás estar siempre a favor del hombre, de todo hombre y de todos sus valores. Esta es la gran verdad que has de defender y proclamar en todo momento, a imitación de Cristo.

En cuanto al estilo que debes adoptar en tu predicación, has de tener presente que, por ser voz de la Iglesia, eres también voz de Jesús. Eso significa que quien te escuche, ha de oír en tu voz la voz de Jesús, ha de sentir, a través de ti, el cariño de Jesús, y lo sentirá

en la medida en que sepas acercarte al hombre con respeto y en la medida en que tu vida sea expresión de la Palabra y sólo seas voz de Jesús.

No olvides tampoco que la profundidad de la vivencia de la fe no está reñida con la sencillez de su presentación. Ejemplo claro de ello: el mismo Cristo. Tu exposición que sea sencilla y, al mismo tiempo, profundamente vital. Cuando la gente vea que estás viviendo lo que dices, les podrás convencer. Muchos no te harán caso: tú habrás cumplido con tu deber. No te esfuerces en pruebas y en demostraciones. Eres testigo, no científico, y del testigo lo que se pide es credibilidad y la credibilidad la podrás ofrecer unificando tu vida y tu palabra.

Quienes hemos ejercido el sacerdocio durante algún tiempo, nos hemos encontrado con personas que luchan por ser consecuentes con su fe cristiana, y aunque vemos que se esfuerzan en serlo, somos testigos de que a veces no consiguen llegar a la meta propuesta. Uno ve que no puede empujar, pero ve, al mismo tiempo, que debe dejar clara la línea evangélica de actuación y la meta que hay que conseguir. Invita a que pidan ayuda al Señor, invita a meditar algún pasaje

evangélico, propón algunos modelos o algún ejemplo y ora, y espera y confía. Lo que honradamente nunca podemos hacer es dar por buena una actitud no acorde con la enseñanza de la Iglesia; eso equivaldría a condenar a alguien a no salir de su estado de imperfección evangélica. Uno no sabe qué haría si estuviese en el caso del otro, pero lo que sí sabe es lo que dice el Evangelio, y el Evangelio no puede ofrecerse a precio de saldo. No podemos bajar el listón aunque comprendamos que algunos no lo puedan saltar, aunque seamos nosotros los primeros en no saltarlo.

El principal objetivo en tu ministerio de la palabra consistirá en formar la conciencia cristiana de los fieles. No hay otro camino que presentarles la persona de Cristo invitándoles a ofrecerle sus vidas. No temas presentarles a Cristo tal como Él se presenta: amando al hombre hasta las últimas consecuencias. No sólo no temas, sino que debe ser esto tu empeño constante. Cristo atrae por el amor que nos tiene, por el ánimo que nos da, por la exigencia de una vida plenamente dedicada. Presenta a Cristo con toda claridad: es tu misión y es tu deber. Tampoco temas presentar con toda claridad las exigencias que comporta la fe en Él. Cristo en

su predicación no andaba con tapujos. Las exigencias de una vida evangélica no las escondía. Recuerda sólo aquella frase: *“el que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí; y el que no coge su cruz y me sigue, no es digno de mí. El que conserve su vida, la perderá; y el que pierda su vida por mí, la conservará”* (Mt 10,37-39).

Al presentarles la persona de Jesús, no te vayas con razonamientos humanos, no vayas con componendas. Ayuda a la gente a sentir su presencia y a vivir en su compañía. Que cada cual oiga en la intimidad de su conciencia la invitación de Jesús a seguirle y a imitarle. Que tu predicación no se convierta en un moralismo ni en un razonamiento humano. Que sea la llamada y la invitación que el amigo hace al amigo para establecer una estrecha y maravillosa amistad.

Te pediría que no reduzcas tu predicación a una presentación de derechos o de deberes. Presenta a Cristo Amigo, pendiente de todos y de cada uno, presenta a Cristo esperando y confiando en cada hombre para que cada uno pueda realizarse plenamente en su amistad e intimidad con Él. E insiste en la fidelidad; en la fidelidad del amigo al amigo. La fe es un don de

Dios. La fidelidad es la respuesta del hombre, lo que depende de nosotros, lo que está en nuestras manos. Por favor, que esté siempre presente, clara y bien definida en tu predicación la persona de Jesús. Sólo desde esta referencia podrá entenderse la fidelidad y podrá entenderse el pecado. Quizá esta falta de referencia a la persona de Jesús esté influyendo fuertemente en la pérdida del sentido de pecado.

En cuanto a las personas, cada cual es un mundo distinto, y de ti esperan todos un consejo y una orientación o unos momentos dedicados a escucharles. La persona contemplativa, el obrero despedido, el político fracasado, el enfermo deshauciado, el niño y el anciano, el militante comprometido y el hombre que no tiene fe, todos necesitan una palabra de ti que sea respuesta a su situación y punto de encuentro positivo con el Señor. Lo que no necesitan es que les hables de cosas que no les van ni por su situación ni por su receptividad. Piden una respuesta del Señor muy personalizada y la esperan de ti. Ante la gravedad de algunos problemas personales quizá no se te ocurra una respuesta, pero siempre podrás acompañarles en su situación, te po-

drán tener a su lado, no se sentirán solos. Será esto una manera de hablarles y será una manera de ser, como Jesús, todo para todos.

Que sientan en ti el calor de la presencia y de la comprensión de Jesús, como Jesús hablaba las palabras que oía de su Padre. Él jamás tergiversó la palabra del Padre y nadie se le puede comparar en cuanto a comprensión y acogida. Luego conjugar perfectamente la fidelidad al Padre con la acogida a cualquier hombre.

Te insistiría mucho en esta actitud de respeto. Respeta a todos, incluso en sus defectos. Tu misión es ayudarles a caminar, no empujarles para que caminen. Ayúdales a “salir” de la situación defectuosa en que se encuentran, no pretendas “sacarles” de esa situación. Y les ayudarás si te ven como amigo y compañero y si tu amistad les hace descubrir el gran amor que Dios les tiene. Sólo si descubren este amor de Dios, serán capaces de aportar las exigencias de la vida cristiana. Sólo el amor es capaz de superar la dificultad.

Este respeto al hombre te exigirá también no falsear nunca el mensaje, justificando, en virtud de una mal entendida compasión, posturas que sabes que son evangélicas. La vida moderna plantea una serie de pro-

blemas como esos a los que acabo de aludir, cuya solución exige un esfuerzo tan grande que uno casi casi no sabe qué aconsejar, sobre todo cuando un consejo coherente con el Evangelio roza o incluye actitudes heroicas.

Por otra parte, en tu relación con la gente habrás de dejar siempre la puerta abierta que permita un posterior encuentro fructífero con el Señor, y un posterior diálogo exigente y salvífico a la vez. Es posible que en unas circunstancias determinadas la exigencia evangélica no sea atendida, pero sabemos que el Señor sigue actuando misteriosamente en el corazón de cada hombre y que puede cambiarlo radicalmente en el momento más inesperado.

Esta actitud de respeto, en no pocas ocasiones habrá de traducirse en una actitud de escucha. No vayas con esquemas prefabricados, perderás el tiempo. Escucha mucho, que el saber escuchar no pocas veces es la mejor manera de hablar.

Sobre todo, ten paciencia. Dios nunca se cansa del hombre. No te canses tú tampoco. Aunque no veas los frutos, no te desanimes. Tu misión no es cosechar, sino sembrar bien. Una manera de sembrar bien es que

tu palabra ofrezca siempre una llamada y una invitación para que todos se encuentren con Dios. Que quienes se acerquen a ti por cualquier motivo, se sientan siempre llamados e invitados por Dios. Nunca rechazados.

Después de estas reflexiones sobre lo que podríamos calificar como estilo en tu misión de predicar, permíteme unas sugerencias prácticas que es posible te sirvan en la realización de tu tarea.

Puesto que uno de los aspectos fundamentales de tu misión es predicar y predicar a todos, el primer paso habrá de ser encontrarte con la gente. ¿Dónde? Donde sea. No tengas reparo en acudir a cualquier sitio. También Jesús comía y alternaba con publicanos y pecadores. Se le criticó por ello, pero muchos encontraron la salvación. El problema en el sacerdote no está en los lugares que frecuente, sino en la manera de “estar” en esos lugares. Hay una manera de estar pagana, otra cristiana y otra sacerdotal. Y esa manera sacerdotal de estar es la que habrás de adoptar. Se trata de que estés cumpliendo, siempre y en todas partes, tu misión evangelizadora.

Indudablemente que puedes sentirte muy a gusto con ciertas familias o con ciertas personas, pero esto

puede conducirte a buscar en determinadas relaciones humanas una satisfacción personal o a crearte un grupo de amistad con el que pasar a gusto unas horas. Tus motivaciones al relacionarte con la gente han de ser siempre sacerdotales, a imitación de Cristo. La gente podrá interpretar de una manera o de otra tus intenciones, y son precisamente tus intenciones lo que habrás de ir purificando constantemente.

No se trata de no dar motivos para pensar mal, sino de la limpieza de tu intención al relacionarte. Ni se trata de esconder nada: todo limpio y claro como la luz del día. Nadie podrá interpretar mal —y si lo interpretan, allá ellos—, que visites a enfermos, los grandes marginados de nuestra sociedad, a los que tienen alguna desgracia o alguna alegría; a los que se preparan para recibir un sacramento; a los que sabes que tienen algún problema; nadie podrá interpretar mal que visites todas las casas; que entres en los bares o en cualquier parte. Si tu intención es clara, la gente lo ve, como ve también cuando no es correcta la relación de un sacerdote con alguien.

Y desde luego, lo que más has de frecuentar es la parroquia, que es también el lugar privilegiado para

encontrarte con la gente. No puedo ofrecerte normas ni recetas para una relación equilibrada de los encuentros. Sólo tú, con tu conciencia limpia y con rectitud de intención, las sabrás encontrar.

Aparte de estos encuentros, ocasionales unos y buscados otros, hay otros encuentros que podríamos calificar de institucionalizados.

El primero, la homilía. Fíjate que a veces estamos buscando a la gente por aquí y por allá y cuando los tenemos a todos reunidos y dispuestos a escucharnos, no les hacemos ni caso, a veces ni siquiera les hablamos. A veces nos justificamos diciendo que si se cansan, que si resulta largo, que si hace calor o frío, etc etc. La gente no se cansa por unos minutos más o menos, la gente se cansa cuando no encuentra sentido a lo que se está haciendo o diciendo. Y hemos de reconocer que muchas veces nos limitamos a cumplir y a salir del paso, llenado el expediente.

Te aconsejaría una homilía incluso en los días laborables. En ellos la gente, aunque sean cuatro o cinco, acude a misa a rezar. Ayúdales. Ve la manera más conveniente de hacerlo, pero ayúdales. Unas palabras de introducción antes de cada lectura y unas palabras

al final aplicándolas a la vida real y personal, podrían ser un buen sistema. Ve cómo, pero ayúdales a encontrarse con el Señor.

Y el segundo medio a que te aludía, es la catequesis. Catequesis a todos los niveles. Es la manera de conseguir la adultez cristiana en nuestros creyentes. Ya estás viendo cómo responden los jóvenes a la catequesis de Confirmación. Lo mismo pueden responder los mayores, la están esperando y la están necesitando. Los que han acudido siempre han sido los niños, porque siempre se ha impartido, aunque sólo haya sido durante el tiempo de preparación a la primera comunión.

En la actualidad es más necesaria la catequesis parroquial porque en muchas ocasiones falla la familia y el ambiente no es el más adecuado para ayudar a una mayor vivencia de la fe. Es necesaria para pequeños y mayores. Todos debemos saber dar razón de nuestra fe: todos debemos profundizar en nuestra vivencia cristiana. Sólo en la medida en que sientas la necesidad de ofrecer este servicio a los fieles, encontrarás cauces para una catequesis viva. También aquí está en sintonía la acción de Dios sobre cada uno de los cristianos,

con nuestra responsabilidad de prestar nuestro servicio específicamente sacerdotal. Es lo que ha sucedido con los jóvenes cuando se les ha planteado con seriedad la catequesis de la confirmación, como te decía. Hace unos años, a todos nos hubiese parecido pura ilusión que los jóvenes acudiesen a sus catorce, dieciseis y dieciocho años a la catequesis durante dos cursos completos. Y es una realidad gozosa que hoy tenemos.

Con la particularidad de que un porcentaje elevado continúa su profundización de fe después de recibir el sacramento, si la catequesis está bien llevada. Personalmente lo has experimentado en la parroquia donde has estado colaborando. Hay un resurgir catequético.

La gente, te lo repito, acude y acudirá: hay muy buena voluntad en muchos sectores y sienten la necesidad. Pero nosotros nos hemos de empeñar en prestar bien este servicio, con nuevas técnicas, con nuevos métodos, con medios pedagógicos modernos, con nueva dinámica, pero sobre todo con nuestra ilusión, con nuestro interés y con nuestra dedicación. Ahí está la clave.

Dos observaciones sobre la catequesis: la catequesis no está en función de los sacramentos; tanto

éstos como aquella están en función de una vida cristiana consciente y responsable. Por tanto, aunque los sacramentos requieran una adecuada preparación catequética, hay que seguir con la catequesis después de que se hayan recibido los sacramentos. Esfuérate en suscitar la colaboración en la catequesis de personas que puedan prestar este servicio. Pienso que uno de los frutos mejores que podríamos conseguir del Sínodo Diocesano que estamos celebrando, sería la instauración en nuestra diócesis del ministerio catequético. Creo que este ministerio, junto con la promoción de las vocaciones sacerdotales y religiosas, es crucial para el porvenir de la diócesis.

Aparte de la catequesis normal y programada, hay ocasiones en la vida de toda parroquia que se prestan a una labor catequética. Se trata de ampliar tu radio de acción con motivo de los sacramentos de cara a quienes están más o menos en contacto con quienes van a recibirlos, especialmente los padres de los niños y jóvenes. Se trata de aprovechar el momento en que gente apartada de la Iglesia, acude a ella con motivo de entierros, bodas, fiestas, etc. Se trata sencillamente de que no desaproveches ninguna ocasión para anunciar

a Jesús como Salvador. Sin hacerte pesado y sin dar la lata, pero pendiente siempre de decir una palabra que pueda servir de luz, de ayuda y de estímulo. No dejes nunca de hacerlo, aprovecha todas las ocasiones, teniendo, desde luego, en cuenta la capacidad receptiva de la gente que tengas ante ti.

Dentro del campo de la formación cristiana, tenemos un medio extraordinario de actuación en el ámbito escolar. En la escuela se está forjando el hombre del futuro. La escuela ha constituido siempre un punto central en las preocupaciones de la Iglesia, del Estado y todos aquellos grupos que propugnan un determinado modelo de sociedad. Fíjate cómo la escuela se está convirtiendo en nuestra Patria en campo de batalla de todos los partidos políticos. En este problema escolar has de tener muy claros unos cuantos principios: una inmensa mayoría de padres quieren para sus hijos una educación cristiana. Son los padres quienes han de decidir el tipo de educación que quieren para sus hijos. Nadie los puede suplantar. La Iglesia cuenta con un número extraordinario de maestros cristianos que están dispuestos a impartir la enseñanza de la religión y moral católicas. Estos maestros necesitan del apoyo y del estímulo del

sacerdote, sobre todo, cuando están en algún grupo escolar donde este tipo de maestros se encuentran en minoría. Recibir esta enseñanza es un derecho inviolable de los alumnos.

¿No te parece que el sacerdote ha de quemar sus mejores energías atendiendo este campo? A veces se da como razón para no frecuentar la escuela que, como los maestros son buenos cristianos, ya se ocupan de esta tarea. Y al contrario, cuando los maestros no lo son, el sacerdote no está bien visto por allí. Y en un caso y en otro, se deja de ir. ¿Por qué? Ni por un motivo ni por otro puede estar ausente el sacerdote de un campo donde se está forjando la personalidad de los hombres del mañana.

Una presencia pastoral del sacerdote en la escuela es de una eficacia inapreciable: es un derecho de los niños y de los padres y un deber ineludible de quien es el responsable de la comunidad cristiana.

Por último, ¿me permites unos pocos consejos para que puedas desempeñar mejor tu tarea evangelizadora?

El primero se refiere a una actitud que debes mantener siempre viva y que será la que motive la se-

lección de los medios más aptos para conseguirlo. Me refiero a la actitud de sentir con la Iglesia.

Habrás notado cómo ante unos mismos hechos, positivos o negativos, que se dan en la Iglesia, hay reacciones distintas. Unos se frotan las manos ante hechos que hacen llorar a otros. Será un libro, un artículo, una contestación, un suceso... ¿cómo reaccionar? Te aconsejo que vuelvas los ojos a la gente buena, sencilla y humilde, mira cómo reaccionan esas personas a quienes admiras por la profundidad y sencillez de su fe, que aman sinceramente a la Iglesia, que se esfuerzan en su vivencia cristiana. Aprende de ellos: allí está el Señor. No escriben en periódicos ni en revistas, no dan conferencias, no salen en la televisión, ni hablan de ellos los periódicos, pero quieren a la Iglesia, sufren y gozan con ella y por ella cuando es momento de sufrir y de gozar. No reaccionan a destiempo. Sencillamente, sienten con la Iglesia y por ahí hay que encontrar el sentido de fe de los fieles. Aprenderás mucho de esa gente buena y sencilla que sigue siendo numerosa en la Iglesia. Y es que, querido Juan, ante los defectos auténticos de una madre, se puede reaccionar jaleándolos o en actitud de comprensión. No se trata de cerrar los

ojos, pero se pueden mirar los defectos de muy distinta manera. Defectos en quienes formamos la Iglesia, como ya te dije, verás y muchos. Pero debes saberlos mirar siempre con un inmenso cariño hacia la Iglesia, como se miran los defectos de la madre, con un inmenso cariño hacia ella. Lo que no deberás hacer nunca es situarte ante los defectos de la Iglesia como juez, no eres quién para ello. En la Iglesia, en esta Iglesia que está llena de pecadores, porque estamos precisamente tú y yo, y también se encuentra Cristo, y, por eso mismo, es santa, no porque estemos ni tú, ni yo, ni nadie.

Y con esta actitud de cariño a la Iglesia, adelante. Pero como no se trata de actitudes ciegas, procura estar atento a las respuestas que el Magisterio va dando a las situaciones por las que atraviesa nuestra sociedad y asúmelas personalmente. Esto te ayudará a una renovación constante para ir dando respuestas a un mundo que también se renueva constantemente. Yo, personalmente, doy gracias al Señor por el gran don que ha hecho a su Iglesia con el magisterio episcopal. Da una gran seguridad el saber que lo que estás predicando es la doctrina proclamada por quienes tienen en la Iglesia la misión de enseñar con autenticidad. Tengo

la conciencia de ser muy pequeño y muy ignorante, pero, al mismo tiempo, soy consciente de predicar la verdad cuando mis enseñanzas sintonizan con las de mis hermanos en el episcopado y con las del Santo Padre. Como te digo, le doy gracias a Dios por el regalo del Magisterio, y más en los tiempos presentes, en que parece que todo se pone en duda.

Cuida tú formación permanente o cuida permanentemente tu formación. Capacítate siempre para actuar cada día mejor.

En esta línea, te aconsejo que revises tu biblioteca. Que veas si los libros y revistas que tienes son los más apropiados para una formación sacerdotal sólida y seria. Tu biblioteca no puede ser la de un joven cualquiera ni la de un seglar cristiano interesado por cuestiones religiosas. Ten criterio para escoger tus libros. Tus libros te han de permitir conocer los problemas del momento a fin de poder ofrecer desde la fe una respuesta adecuada a los mismos. Pero, atiende bien: lo interesante no es tener los libros, sino leerlos y consultarlos. Y leerlos, como te decía antes, sintiendo con la Iglesia. Un mismo libro puede tener, y tiene, lecturas distintas. La lectura la has de poner

tú, según sea tu lectura el libro te perfeccionará o te desorientará.

Te aconsejo también que asistas a los retiros y reuniones con sacerdotes. Siempre se aprende algo, siempre te pueden ayudar y siempre les puedes ayudar. Creo que debes poner todo el interés en asistir, porque tratándose de una diócesis pequeña y aislada como la nuestra, no disponemos de muchos medios de formación sacerdotal.

Y por último, si después de unos años de trabajo apostólico, sientes la necesidad de renovar tu formación, no dudes en exponérmelo, con la seguridad de que tanto tú como cualquier otro sacerdote, ha de encontrar por mi parte todas las facilidades para su renovación intelectual. Ojalá fuesen muchos los que lo pidiesen. A lo mejor yo también os pido que os arregléis una temporada sin mí, para poder renovar mi formación teológica. ¡Qué tranquilos quedaríais! ¿Eh?

CARTA 3^A TU MINISTERIO DE SANTIFICAR

Querido Juan:

¡Casi nada lo que voy a decirte en esta carta!

A partir de tu ordenación, eres nada menos que un santificador; tu misión es hacer santos, algo así como hacen los imagineros, pero de verdad. Cuando predicas, cuando convives, cuando celebras, cuando te reúnes, cuando dialogas... tu misión es siempre y en todo momento la misma: hacer santos. Como te decía, casi nada.

Has sido asumido por el Señor precisamente para eso, para santificar, para unir a los hombres con Dios. En otra carta pienso hablarte de la espiritualidad sacerdotal; en ésta, me voy a referir a tu actividad en cuanto santificante de los demás o en cuanto artista de la santidad.

La primera condición del artista, si quiere serlo con autenticidad, es querer con seriedad hacer buenas

obras de arte. Cada encargo que acepta el artista le exige hacer un proyecto y después, trabajando con cariño la materia que tiene entre manos, plasmarlo en la realidad. Fabricar santos es de artistas, pero de los finos. En la actualidad no andamos sobrados de artistas, parece que está imperando la ley de la eficacia y las cosas se fabrican en serie, a veces es posible que pretendamos también fabricar santos en serie; y lo peor es que en no pocas ocasiones pretendemos fabricarlos a nuestra imagen y semejanza.

El artista ha de tener un proyecto y, en nuestro caso, el proyecto es Cristo. Debes tener claro el proyecto y sólo los de limpio corazón son capaces de verlo con claridad; y mal se puede plasmar si no se ve. El sacerdote no es un funcionario que se dedica a repartir trocitos de cielo o vales para la vida eterna a golpe de misas o de sacramentos. Esto equivaldría a mecanizar y cosificar una vida.

Tus cualidades de artista de la santidad te vienen de Cristo, que está en ti. Él te inspira, te mueve, te guía y te ayuda. Él lo es todo en ti. Hay artistas entusiastas y fracasados. Tú puedes ser una cosa u otra. O, sencillamente, ser una mediocridad. He ahí tu respon-

sabilidad. Debes plasmar la inspiración que recibes; debes estar al servicio de ella. Tu palabra, tus obras, tu ilusión, toda tu vida, al servicio de tu inspiración.

A través de tu vida te irás realizando como artista de la santidad. Cuanto más avances, más descubrirás la perfección del modelo y tus obras más se parecerán al modelo cuanto más claramente lo percibas y cuanto mayor sea el empeño que pones en plasmarlo.

No debes considerar nunca tu vida sacerdotal como una profesión con la que se cumple. El artista nunca cumple. Siempre está en tensión; siempre aspira a más; nunca está satisfecho; y es que el proyecto le obsesiona; y porque siempre es capaz de ver más, siempre está en tensión hacia esa perfección que contempla.

Todo hombre está llamado a encontrarse vitalmente con el Señor y a transformarse en imagen viva de Cristo. Cuando alguien se encuentra contigo debe percibir en ese encuentro, un encuentro con el Señor. Tú has sido asumido por el Señor para que Jesús siga ejerciendo su sacerdocio a través de tu persona. Más que actuar tú en su nombre, es Él quien actúa a través de ti, y en eso ha de consistir tu arte: dejarte conducir por Cristo quien,

a través de ti, sale al encuentro de cualquier hombre ofreciéndole la salvación. La santidad que viene siempre de Cristo, brillará más cuanto más perfectamente la dejes pasar a través de ti. Eres transparencia de Jesús, pura transparencia. Cuanto menos tengas de ti, mejor. Eres como el cristal que deja pasar la luz: cuanto menos se nota su presencia, mejor. Tu acción sacerdotal es más que obra tuya, obra de Cristo en persona. Juan, sé consciente de la grandeza de tu sacerdocio y sé consecuente en tu responsabilidad.

Uno de tus primeros objetivos en la tarea de santificar es ayudar a que los hombres den a sus vidas un sentido sobrenatural. La gente vive muy a ras de tierra, con una concepción de la vida y con unos criterios morales que podrían suscribir todos los hombres de buena voluntad; esto no es suficiente; la gente se queda en una bondad y en una moral dentro de una concepción naturalista de la vida. Hay que ayudarles a descubrir la presencia de Dios que cada hombre tiene; hay que ayudarles a percibir conscientemente la acción salvífica de Dios en cada uno; hay que ayudarles a ser conscientes de que necesitan ser salvados; sobre todo, hay que despertar en los hombres el sentido de Dios,

ayudándoles a percibir vitalmente el inmenso cariño que Dios les tiene, a todos y a cada uno.

Uno de tus grandes objetivos creo que debiera ser, dentro de este campo, conseguir que el hombre tome conciencia de que Dios está junto a él, amándolo, acogién-dole, animándolo. Cuando es viva esta conciencia de la presencia de Dios, el hombre rompe el cerco de aislamiento y soledad en que se encuentra en medio de nuestro mundo. Al sentir junto a sí la presencia del Dios Padre, del Dios Amigo, se abre a un nuevo estilo de vivir. Se sabe acompañado, se siente querido, ve que Alguien ha dado su vida por él; se abre a la esperanza y a la comunión. Encuentra el sentido de su vida. Dios empieza a ser percibido no sólo como el juez a quien hay que rendir cuentas en el momento de la muerte, sino como el amigo íntimo que le acompaña en todo momento. El hombre empieza a desarrollar lo que podríamos llamar la dimensión contemplativa inherente a toda vida cristiana. Repito, he ahí uno de tus grandes objetivos.

Aunque toda tu acción sacerdotal debiera orientarse en esta línea, me voy a limitar ahora a ofrecerte unas reflexiones sobre la importancia que tiene la litur-

gia en el desarrollo de esta dimensión. La liturgia es un lugar privilegiado para que los fieles puedan percibir la cercanía del Señor y experimentar la eficacia de su obra salvífica.

Y puesto que tú, como sacerdote, eres el primer responsable de la acción litúrgica, no puedes desaprovechar las muchas posibilidades que la liturgia te ofrece para que el hombre tenga con Dios un encuentro salvífico.

En la liturgia se actualiza la Redención; y en esa actualización tú no eres espectador sino protagonista. Sí, me podrás decir que todos son protagonistas, que nadie puede asistir pasivamente a los actos litúrgicos, y es verdad. Pero ten en cuenta que hay dos corrientes en la liturgia: la que viene de Dios al hombre y la que va del hombre a Dios. Todos los cristianos que asisten, son parte activa en la corriente ascendente: tienen acceso al Padre por Cristo, y tú coincides con ellos porque eres cristiano. Pero en la corriente descendente, eres tú quien la hace presente ante la comunidad: tú, por tu ministerio. Y esto es misión específica tuya, como también lo es presentar al Padre la oración y alabanza de la Iglesia. Efectivamente, todos tenemos acceso al

Padre, pero por Cristo. Y esa mediación de Cristo es la que tú, por tu sacerdocio, actualizas en la liturgia. Por tu sacerdocio, Cristo sigue actualizando su mediación entre el Padre y la Iglesia y entre ésta y el Padre.

Ni eres un administrador de las acciones sagradas, ni un ejecutivo. Eres presencia actualizada de Cristo en un lugar y momento determinados. Te aconsejo que te esfuerces en ver en la celebración litúrgica la culminación de tu acción sacerdotal. Es el momento cumbre, sobre todo en la celebración de la Eucaristía, a la que se ordenan las demás celebraciones.

A ver si soy capaz de expresar en pocas palabras una idea que quiero ofrecerte. En la liturgia, tú no sustituyes a Cristo, sino que lo haces presente de manera que tus acciones no son acciones de un delegado o de un representante, sino que son acciones de Cristo. No es que tú actúas y Cristo da por bueno lo que haces, como sucedería en el caso de que fueses un delegado; es Él quien actúa personalmente a través de ti. Y esto, que vale en el sentido descendente de que te hablaba, vale también para la corriente ascendente. Es decir, tú tampoco sustituyes al pueblo en su oración. Tu acción en este campo sigue teniendo la característica de hacer

presente a Cristo, con quien se unen los fieles en su oración de alabanza, de acción de gracias y de petición al Padre. Tu actividad litúrgica permite a los fieles conectar su oración con la de Cristo: unión de oraciones que se actualiza por tu ministerio.

Por tanto, has de ayudar al pueblo a orar. No es tu misión sustituirle en la oración. Ni sustituyes a Cristo ni sustituyes al pueblo. Eres soporte de Cristo quien, por tu ministerio, actúa ante el Padre y actúa ante los hombres. Y si me he expresado bien, saca las consecuencias.

Cuando celebres cualquier liturgia, ten en cuenta que, aunque seáis una comunidad muy pequeña en medio del mundo y de la Iglesia, a través de ti Cristo está actuando como salvador. En la liturgia, trata de vivir con fe tu sacerdocio. El número de asistentes podrá ser mínimo, pero estás celebrando la salvación de todo el mundo, y la estás actualizando. Trata de hacerlo como Él lo hizo. Él siempre ponía toda el alma, lo mismo si actuaba ante grandes multitudes que si dialogaba con una persona sola.

Recuerdo que no hace mucho visitaba, con un religioso, una parroquia en la que estaba celebrando misa un sacerdote bastante anciano. Sólo había cinco

personas, también muy mayores, en la misa. Como vulgarmente decimos, aquello estaba muy desangelado. Al acabar la misa, comentamos entre nosotros: “*Aquí acaba de realizarse el hecho más importante de la Historia*”.

Ciertamente que necesitamos avivar nuestra fe para saber ver con sentido sobrenatural, la realidad de nuestra vida sacerdotal, pero no podemos conformarnos con una rutina. Es cierto que psicológicamente uno se siente más a gusto cuando hay en la celebración una participación viva y activa; cuando hay una comunidad comprometida; cuando hay expresiones de fe en cánticos, en oraciones... cuando les vemos vibrar. Se siente uno ayudado, se encuentra uno a gusto.

Pero esto es algo periférico a la actitud del celebrante. Corremos el peligro de dejarnos llevar por impresiones. Desde luego que el sacerdote deberá poner todo su empeño en que el pueblo asista a las celebraciones de manera viva, comprometida, etc. Pero —y atiende bien a esto— deberá poner el mismo interés en una celebración a la que apenas asista nadie; es éste interés el que da su talla espiritual. Ni eres un director de escena que cuida de la perfecta ejecución

de una obra, ni estás asistiendo a la representación de un drama sacro.

¿Te acuerdas de la primera misa que se celebró? La asistencia era muy variada; el ambiente no era muy grato; no era el clima de nuestras primeras misas. Y allí ya hubo conversiones por la “*manera de celebrar*”, “*Acuérdate de mí cuando estés en tu Reino*”, y “*verdadamente éste es el Hijo de Dios*”, son frases lapidarias ante la misa del Calvario; la liturgia no era allí muy atractiva, pero sí fue muy eficaz la gracia de Dios.

Lo que estoy diciendo no son tonterías: es sencillamente clarificar nuestros ideales y nuestros objetivos. Ni tú ni yo —al menos yo— tenemos esa limpieza de fe para llevarlos perfectamente a la práctica. Pero sí pueden servirnos estas reflexiones para no descorazonarnos, para servir un poquito mejor a la Iglesia, para ser cada día un poco mejores, para ir encontrando maneras de progresar en el ejercicio de nuestro sacerdocio; y, sobre todo, para que nos encontremos con nuestra pequeñez en nuestra pobreza y en nuestra debilidad y no tratemos de justificar nuestra posible mediocridad repartiendo culpas y responsabilidades a diestro y a siniestro.

Lo bien cierto es que, en ocasiones, se puede ir estrechando junto a nosotros un círculo vicioso paralizante y destructor de la vitalidad sacerdotal. Los fieles no aprecian convenientemente los sacramentos, no les encuentran sentido, no los reciben con frecuencia y nosotros rehuimos su administración o caemos en la rutina de administrarlos o no les damos la importancia debida. Es necesario romper ese círculo y no son los fieles quienes lo han de romper, sino nosotros. Y sólo desde una visión de fe, podemos no sólo romperlo, sino convertirlo en un círculo virtuoso. Y es desde esta visión de fe desde donde es posible que el acontecimiento salvífico universal puede producir su efecto santificador. Ahí precisamente está en juego nuestra responsabilidad.

Aunque, como te decía antes, no eres un director de escena, te aconsejo que respetes las normas litúrgicas. En primer lugar, porque lo que estás celebrando es una acción de la Iglesia de la que, y en la que, eres sacerdote.

Tus celebraciones litúrgicas son celebraciones que haces en nombre de la Iglesia; no son celebraciones que haces tú con un grupo de fieles a título perso-

nal. Ante los cambios litúrgicos que algún sacerdote puede introducir, el obispo a veces los tolera cuando no ve en ellos entidad suficiente para plantear un problema que puede traer graves consecuencias. Pero puede llegarse a unos extremos que el obispo, en conciencia, no puede tolerar. ¿Cuándo se traspasa esa línea de lo tolerable? Hay casos claros y casos que no lo son tanto. De todos modos me permito llamar tu atención sobre la cuestión de principio más que sobre una casuística determinada. El principio es que, cuando estás en una celebración litúrgica, tu actuación la haces en nombre de la Iglesia y esto exige una aceptación de las normas litúrgicas, además de un respeto a los fieles, que no pueden estar a merced de los caprichos del celebrante. Por otra parte, las actuales normas son lo suficientemente elásticas para que se pueda conjugar tu fidelidad con tus iniciativas. Lo difícil es conseguir entrar en el Ministerio y esto se consigue más que cambiando las normas a tu aire, poniendo mucha vida en lo que haces.

Por la importancia que tienen y porque son las celebraciones a las que con más frecuencia acuden los fieles, quiero hablarte de la Eucaristía y de la Penitencia. No voy a darte un cursillo pastoral sobre estos sa-

cramentos, sino sólo llamar tu atención sobre determinados aspectos.

Empiezo por un problema que flota en el ambiente cuando tratamos este tema en las reuniones con sacerdotes. La falta de preparación de muchos de los asistentes a estos actos. Te encontrarás —y sin duda te habrás encontrado ya en tus primeros días de ejercicio sacerdotal— con muchos a quienes no sabes qué decirles, ni cómo decirles, ni qué hacer para que entren un poco en el misterio que celebran. Esto sucede con ciertas misas de bodas, de funerales —aunque en distinto grado—, de bautizos, de ciertas fiestas; sucede también con ciertos penitentes al ir a confesar por cumplir, por compromiso, etc.

Y, amigo, ahí te quiero ver. ¿Qué haces? La única contestación que puedo darte es: lo que puedas, pero nunca menos. En mis tiempos de estudiante, repetíamos una frase latina: “*sacramenta propter homines*”. El significado puede tener muchos sentidos, pero creo que aquí tiene aplicación. A veces queremos una perfección litúrgica “casi casi” utópica en cuanto a preparación del sacerdote y de los fieles. Y tenemos lo que tenemos en sacerdotes y en fieles. No obstante

te animo a que cuides con esmero estas celebraciones, aunque te puedan parecer inútiles apostólicamente.

La celebración debe suponerles una llamada de Dios, y hay un mensaje al que la gente suele ser sensible: la Paternidad de Dios sobre cada uno de los hombres. Si en el desarrollo de la acción litúrgica has conseguido que la gente oiga hablar del cariño con que Dios les mira, y oiga hablar de Dios con cariño; si consigues descubrirles un poco a Cristo preocupado por los hombres y dando su vida por ellos, habrás sembrado la buena semilla en tus oyentes. Deja que Dios la vaya haciendo germinar. ¿Cómo se puede hacer eso? Tampoco hay recetas. Inténtalo y trata de hacerlo lo mejor que puedas.

Lo que sí te recomiendo con toda el alma es que no mecanees tu acción sacerdotal en esos casos. No te limites a despachar cuanto antes la ceremonia. Tienes ante ti personas que quizá apenas han oído hablar de Dios o que no han oído hablar convenientemente o suficientemente de Él. Personas con quienes Jesús se encuentra a través de ti. Por amor de Dios, nunca dejes de aprovechar cualquier ocasión para mostrarles el rostro misericordioso de nuestro Padre Dios. ¡La historia

de cada hombre en tan compleja...! Nunca olvides que en el corazón de cada hombre está Dios.

Pasando ya a la misa, no voy a entretenerte con algunas consideraciones sobre el hecho de que es el acto central de la Iglesia, o de que toda nuestra vida debe ser una Eucaristía; ni voy a recordarte que aunque la Eucaristía tiene exigencias de fraternidad y de compromiso, no hay que quedarse en la fraternidad y el compromiso, sino que ambas cosas, como todo, han de ordenarse al culto latréutico que completa el sentido de banquete que toda Eucaristía tiene. Estos son aspectos teológicos que conoces perfectamente.

Al hablarte de la misa, sólo pienso decirte que en las misas, concretamente en las misas dominicales, tienes ante ti el mayor número de personas que pueda tener semanalmente cualquier organización o asociación de cualquier tipo. Y son gente de buena voluntad, al menos con una cierta disposición a orar y a ser mejores y a progresar en su vida cristiana. Con todas las excepciones y matizaciones y distinciones que quieras, pero ahí los tienes cada domingo.

Tú, quizá, como aquí en la diócesis tenemos pocos sacerdotes, pocas parroquias y, por tanto, po-

cos cambios, no hayas percibido claramente lo que voy a decirte. Es el hecho de que esa misma gente en esa misma parroquia, en esa misma situación, va a más o a menos según sea el sacerdote que está al frente de la parroquia. Parroquias con misas rutinarias y frías, han pasado a vivir intensamente la misa con todas las connotaciones positivas que eso lleva, desde el momento de la sustitución de un sacerdote por otro que ha tomado en serio la celebración eucarística. Y al revés: hay parroquias que han estado vibrando con hondura de fe en las celebraciones y, con motivo del cambio de sacerdote, se han ido enfriando en la celebración y en todo.

Si te limitas a cumplir y despachar la misa en unos minutos, si no cuidas la celebración, si no te preocupas por ambientarla, si no te preparas la celebración y la homilía y la gente se va acostumbrando también a asistir a la misa para cumplir, tú y la gente habréis quedado muy satisfechos porque habéis cumplido; pero se habrá ido todo al traste.

Mira, Juan, la gente no se cansa de que una celebración dure unos minutos más o menos. La gente necesita, como ya te dije, encontrar sentido a lo que

hace. Y no le encuentra sentido a una misa celebrada rutinariamente. La gente acude con buena voluntad a orar. Ayúdales a orar bien.

Tienes muchas posibilidades: la dignidad de los gestos; las moniciones hechas con frecuencia, para que puedan seguir mejor la celebración; los cantos; las moniciones antes de cada lectura: las entenderán mejor; los silencios... les ayudarán en su encuentro con el Señor. Por Dios, no desaproveches esa valiosísima ocasión.

Hay quien se pasa toda la semana buscando hacer reuniones con grupos de fieles y quejándose de que no acuden; y el domingo, cuando los tiene a todos reunidos, ni les atiende debidamente, ni les hace caso, ni aprovecha, en absoluto, la reunión de la misa dominical para irradiar la espiritualidad y la vivencia cristiana a toda la parroquia.

La verdad, Juan, que no me explico tantas prisas y tanta rapidez en la celebración. Francamente, no lo entiendo. Es desaprovechar la gran oportunidad de ayudar al encuentro con el Señor; y para muchos fieles, la única. Pero lo más curioso es que después de tantas prisas, resulta que hay sacerdotes que no saben qué ha-

cer una vez acabada la misa, cuando el domingo es el gran día de la comunidad cristiana. No entiendo que el sacerdote tenga tanta prisa de acabar, sobre todo cuando después no tiene nada por hacer. No lo entiendo.

Creo que sería conveniente anotar, de vez en cuando, las actividades normales que tenemos los domingos. En algunos casos, gracias a Dios, la lista estaría a tope; pero es posible que en otros se notara algún vacío que habría que rellenar en el gran día de trabajo sacerdotal como es el domingo.

No te quejes nunca de que te pasas el domingo celebrando misas y de que eso es muy pesado; quienes te oigan seguramente no te dirán nada, pero interiormente se reirán de ti. Un obrero se pasa diariamente ocho horas trabajando y a veces muy duro; y un oficinista, horas y horas en el despacho; y un médico en la clínica, mañana y tarde; y una madre de familia, toda la semana sin parar. Tres o cuatro misas son tres o cuatro horas y después catequesis o bautizos o algún entierro que pueda haber el domingo... Y no digo que no sea pesado. Pero el domingo es el gran día de trabajo para el sacerdote; claro que para los demás es el día de descanso. Tú descansa otro día, pero el domingo ¡nunca!

Comprendo que hay un contraste que puede dar la sensación de cansado: ver que todos, menos tú, están de fiesta; pero el domingo es tu gran día de trabajo.

No quisiera dejar pasar la ocasión para decirte una palabra sobre la lengua en que es conveniente celebrar. Esta cuestión se ha politizado mucho, y la Iglesia debe estar por encima de las cuestiones de política partidista. Su actitud debe ser siempre pastoral. Lo cual significa que todo ha de estar subordinado al mayor bien de los fieles.

Tratar adecuadamente el problema de la lengua en la liturgia requeriría muchas páginas y no es éste el lugar adecuado. Sólo te voy a apuntar unos principios que pueden servirte como orientación, al menos, de mi manera de pensar sobre esta cuestión.

A la Iglesia le debe interesar más el hombre concreto que un determinado modelo de cultura nacional o regional.

Si hay regiones que fuerzan el desposeerse de la cultura propia de los inmigrantes, que la Iglesia no pueda nunca ser acusada de colaboracionista en este campo; y más cuando se trata de hermanos pobres que han tenido que abandonar sus propios pueblos en bus-

ca de pan y de trabajo. Ellos tienen derecho a entender lo que les dice la Iglesia.

Si todos los fieles de una comunidad conocen, entienden y hablan nuestra lengua regional, no dudes en emplearla en la liturgia. Esto podrá darse más fácilmente en las parroquias rurales. Pero si hay un grupo de fieles que no conocen la lengua regional, no dudes tampoco en usar en la liturgia la lengua que todos entienden. La misión de la Iglesia no es enseñar una lengua determinada, sino ayudar a la vivencia de la fe en Jesucristo y, para ello, primero tiene que hacerse entender por todos. Enseñar la lengua es misión de la escuela y de la sociedad, no de la Iglesia.

Considero positivo que en las zonas donde haya varias misas, haya celebraciones en las distintas lenguas; los fieles, con su mayor o menor asistencia a unas o a otras, nos irán indicando la conveniencia de variar la proporción entre ellas.

Considero también positivo ir introduciendo en la liturgia algunos elementos, sobre todo cantos, en la lengua regional cuando esa lengua la habla una parte notable de los asistentes, porque así se va creando la conciencia de la pertenencia de todos a una Iglesia im-

plantada en medio de una región con una determinada cultura y con unas expresiones determinadas.

Resumiendo: la lengua en la Iglesia está en función de que todos se sientan en su propia casa y en su propia familia: la familia de los hijos de Dios.

Otro sacramento que debes cuidar mucho es el de la Penitencia.

Yo no sé qué teorías se van abriendo camino entre nosotros que, porque las misas son masivas y las confesiones individuales, son rutinarias, ni cuidamos las misas ni atendemos a la confesión; y así nos va. Todos buscamos una mayor vivencia de los sacramentos; pero eso no viene llovido del cielo, hay que trabajarlo a nivel de contacto personal y comunitario. Lo que nos debemos preguntar es si cuidamos como es debido la atención a las personas y a la comunidad.

La Penitencia es un encuentro privilegiado de tú a tú entre el penitente y el Señor. El sacerdote actúa de intermediario. Se trata de un encuentro salvífico, de un encuentro que va madurando poco a poco la personalidad cristiana del creyente. Has de ser muy respetuoso ante el diálogo que se establece entre ellos. Tu misión es de transparencia de Jesús.

Tu palabra y acogida han de ser palabra y acogida del Señor.

Es el momento en que el penitente toma conciencia de lo que realmente es delante del Señor y se abre al sacerdote. El penitente te manifiesta su intimidad más profunda tal como la ve y se presenta tal como es, desvalido, pobre y pecador, ante Dios. ¿Que muchos penitentes no obran así, sino más bien por rutina? Labor nuestra es prepararlos y ayudarlos como te decía al hablarte sobre la misa. Lo que no es solución es alejarlos de la penitencia y alejarte tú también. No sueñes nunca con una comunidad perfectamente formada. La debes estar formando siempre y nunca podrás extender un certificado acreditando que está suficientemente formada.

En la actualidad hay reuniones de grupo en que, como algunos dicen, se confiesan entre ellos. Sencillamente se manifiestan algunas actitudes imperfectas y defectuosas que tienen, como por ejemplo que han sido egoístas, que no se han entregado al hermano, que no han sido fieles a Dios, que no han sido capaces de quemar su vida por el Señor, etc. Estas manifestaciones de unos y de otros están muy bien, porque hay en

la reunión una presencia del Señor, se animan unos a otros y a todos les anima el Señor, en cuyo nombre se reúnen.

Pero no se puede confundir la reunión comunitaria con el encuentro sacramental. No es lo mismo decir “*todos somos pecadores*” que decir “*yo soy pecador*”, ni que decir “*soy un adúltero*”; no es lo mismo decir “*no nos queremos*”, que decir “*no respeto los derechos de los demás*” ni que decir “*yo he abortado*”. Hay un nivel distinto en la toma de conciencia de nuestra situación real ante el Señor. Y es precisamente ese espacio íntimo, esa raíz del corazón del hombre, ese centro de decisiones, de intenciones y de propósitos, lo que se expone ante el Señor para que lo cambie, lo renueve y lo purifique. Es cuando se va logrando cambiar el hombre viejo en hombre nuevo, a la medida de Cristo Jesús.

En la Penitencia hay una presencia del Señor distinta de la que hay en una reunión comunitaria. Tú, con tu sacerdocio, haces a Cristo presente como cabeza y como salvador ante el penitente. Y el penitente expresa su más íntima realidad de pecador. Es el momento en que sacramentalmente se expresa el perdón dirigido

directa y personalmente al penitente. Las palabras “*Yo te absuelvo*” rubrican, en medio de la Iglesia, el perdón concedido por el Señor.

Y no sé qué pasa que, a veces, da la sensación de que las cosas más positivas son las que más nos cuestan. Personalmente te confieso que cuando yo trabajaba en la vida parroquial, iba a gusto, por ejemplo, al catecismo, pero cuando se trataba de confesar, iba porque debía ir. Sin embargo también he de confesarte las grandes satisfacciones que me ha dado la confesión. En ella se palpa la eficacia del amor de Dios hacia el hombre; se es testigo de la respuesta positiva que, en su debilidad, quiere el hombre dar a Dios, a pesar de intentarlo repetidamente y no poderlo conseguir a la perfección. En el sacramento de la Penitencia ves el proceso de las personas en su fidelidad a Dios; eres testigo de sus luchas, de sus esfuerzos; ves a Dios actuando en el corazón del hombre. Y cuántas lecciones tienen muchas de ellas, con qué naturalidad responden al Señor positivamente. Te encontrarás con héroes de la gracia, héroes ocultos a las miradas de los hombres. Sencillamente mirarás a la Iglesia de otro modo. La verás desde la realidad de la vivencia de la gracia, no des-

de las apariencias de las obras externas. Nadie como el sacerdote puede tener una visión más objetiva de la Iglesia, porque nadie como él puede “ver” la eficacia de la gracia a través del sacramento de la Penitencia.

Habla con frecuencia de la confesión; que te vean en el confesonario; facilítalos así que se acerquen al sacramento. No seas de aquellos que dicen que cuando alguien quiera confesar, que se lo pida, no es correcto. Que te encuentren siempre dispuesto: fija horarios aptos, que todo el mundo los conozca; y si mientras estás en el confesonario no acude nadie, reza, espera. Estarás abriendo un camino de renovación espiritual para tus feligreses; estarás, como el padre del hijo pródigo, esperando. También es una manera de manifestar la misericordia y el amor de Dios.

Te aconsejo que programes celebraciones comunitarias de la penitencia. Sirven para que todos se sientan corresponsables de la suerte de todos; para que sintamos nuestra vinculación eclesial; para destacar la repercusión social que tiene el pecado; para sentirse corresponsables en los pecados comunitarios; para escuchar en comunidad la palabra de Dios y las exhortaciones que nos invitan a la penitencia y a la

conversión. Pero, por favor, no conviertas nunca estas celebraciones en un atracón de confesiones una vez al año. Prográmalas bien, con ayuda de otros sacerdotes si es necesario y en grupos reducidos. No estamos aquí en terrenos de misión para absoluciones comunitarias o celebraciones masivas de la penitencia. Si hubiese algún caso excepcional, consúltame y ya veremos la manera más correcta de actuar.

Aparte de la confesión, o junto con ella, debes estar siempre disponible para la orientación espiritual de cada fiel. Todos tienen derecho a que les escuches y orientes uno a uno. Cada persona es un mundo diferente. El Buen Pastor llama a cada oveja por su nombre. Tú también. No masifiques nunca tu comunidad. Conjugua tu acción sobre la comunidad con tu acción sobre cada uno. Para ti todos deben ser un “Tú”. La dirección espiritual personaliza tu acción orientadora sacerdotal. La gente necesita apoyo y estímulo; si no los encuentran en ti, los buscará en otra parte, y eres tú quien se lo debe dar. Sin capillismos ni dirigismos, pero sí de una manera personalizada, noble y sincera.

Dentro de la liturgia, y como elemento santificador, ocupa un lugar importante la Palabra de Dios.

Aunque ya te hablé de ella en la carta anterior, recuerda que es fuente de santificación, tanto para ti al proclamarla, como para los fieles al escucharla. Cuida mucho el modo de transmitirla, y procura, desde luego, al hacerlo, sentirte tú interpelado por ella. A veces, querido Juan, nos quema en los labios al pronunciarla, y, precisamente por ello, a veces nos podemos sentir tentados de no proclamarla, o, por lo menos, de no proclamarla con todas sus exigencias. A veces tratamos de someterla, de suavizarla, de darle la vuelta, en definitiva, de parcializarla. Y la Palabra de Dios no está encadenada.

Hazla vida en ti y ayuda a los demás a que también la hagan vida. Puede ser muy positiva para la animación de la fe de tu comunidad, alguna celebración de la Palabra; pero, aparte de la conveniencia o de la frecuencia de dichas celebraciones, lo que no podemos menospreciar es la liturgia de la Palabra que es parte componente de la celebración eucarística.

Toda tu acción sacerdotal es santificadora: la predicación y la dirección de la comunidad también. En esa acción santificadora has de invitar, sugerir, animar, nunca imponer. Te digo esto en cuanto al respeto que merece la gente en las expresiones religiosas y de-

vociones que tiene. No tenemos derecho a imponerles nuestra propia expresión religiosa. Cada uno tiene su modalidad en la expresión de la fe. Si realmente se trata de unos modos anticuados, no serán válidos para nosotros pero sí para ellos y son ellos los que tienen su manera de relacionarse, entre sí y con Dios.

En todo caso, deberás mostrarles otros caminos de oración y de devoción; nunca despreciar sus propios caminos. Me he encontrado con personas ancianas que, con devociones muy anticuadas para el hombre moderno, han llegado a cimas muy altas de espiritualidad y finura de amor al Señor, cimas de las que me veo, por desgracia, muy lejos. A esas personas con las que, indudablemente, también tú te encontrarás, les debemos todos un sumo respeto. Tendrán formas de espiritualidad que a nosotros no nos van, pero son las suyas, y no son ni mejores ni peores que las nuestras, son sencillamente distintas, como también nosotros somos distintos. Si alguna vez te acusan de algo en este campo, que sea de haber sido sumamente respetuoso con el sentir religioso de la gente. El sacerdote es todo para todos.

Aparte del respeto a las devociones populares, creo que debieras fomentar prácticas de oración en fa-

milia; la oración familiar parece que se va perdiendo en nuestros días. La oración en familia, renuévala y actualízala, pero foméntala. A veces la gente no reza en familia porque no sabe cómo ni cuándo hacerlo. ¿Por qué no intentar una acción encaminada a la oración en familia? Tú verás.

Por último, Juan, que te vean haciendo oración. No es que debas hacer oración para que te vean, sino que te vean haciendo oración. Lugar muy apto para la oración es junto al Sagrario, y lugar privilegiado. Ni el único ni el necesario. Pero ¿puedes encontrar otro que normalmente sea el más adecuado?

La santidad que debes fomentar no puede ser nunca entendida como una evasión de las responsabilidades de todo tipo que, como ciudadano del mundo, tiene el cristiano. Al contrario, la santidad que fomentes, si es auténtica, le hará asumir sus propias responsabilidades. Su vida no será una evasión, sino un compromiso.

Porque la veneración de la Palabra y el culto litúrgico, si son auténticos, llevan consigo la animación del ejercicio de la caridad. La comunidad cristiana, fundada en el amor, ha de traducir este amor en miseri-

cordia, especialmente hacia los débiles y oprimidos, y hay muchas clases de debilidad y de opresión.

Y atiende bien a esto: el cristiano, en virtud de su amor y de su caridad, no lucha contra nadie, lucha contra el pecado, no contra el pecador, ya te lo he recordado. Y el pecado puede estar en cualquiera. Lucha también contra los efectos del pecado, pero apuntando a la raíz de esos efectos. Quizá porque el cristiano no va contra nadie, su actuación puede considerarse por algunos como poco comprometida y poco eficaz. Su gran arma es la verdad y su estrategia, el dar la propia vida. Su compromiso es por la verdad y la justicia, pero hecho desde su fe. Y lo que nunca puede hacerse con un cristiano es empujarle a un compromiso determinado si él, desde su fe, no está convencido de que debe asumirlo. Tu tarea estará en ayudarlo a descubrir su propio compromiso, no en vincularle al tuyo o al de otros grupos.

Juan, no lo olvides: eres artista, artista de la Santidad. Mira con cariño a la gente que tienes junto a ti. Inspírate en la contemplación del amor de Dios y tus obras de santidad serán verdaderas obras de arte.

CARTA 4^A VAS A PRESIDIR UNA COMUNIDAD CRISTIANA

Querido Juan:

Al empezar tu actuación sacerdotal, irás notando cómo los fieles se relacionan contigo de manera distinta a como lo hacían anteriormente. Por ser sacerdote, eres dirigente de la comunidad cristiana, y, por tanto, tienes el deber de regirla, así como suena: el deber. La palabra “regir” quizá tiene en la actualidad una connotación peyorativa; es posible que la tenga porque se considere el regir como privilegio, por eso te he dicho que tienes el deber, no el privilegio, de regir. Y este deber tuyo se traduce en derecho de la comunidad cristiana a ser regida por ti. Regir es, por tu parte, un servicio. Es lo propio del pastor; el pastoreo es, a la vez, deber y servicio que se presta a las ovejas.

Este servicio del pastoreo incluye todas tus relaciones con los fieles: debes ser guía; ejemplo; animador; estímulo; también debes corregir; sin miedo, con

amor y con respeto, desde luego, pero también debes corregir. Tu servicio a la comunidad incluye la corrección.

Ya sabemos que quien rige a la Iglesia es el Espíritu, distribuyendo los distintos carismas para el bien común, y que nosotros, los pastores, hemos sido puestos por el Espíritu para apacentar al pueblo santo de Dios. De ahí que nuestra tarea sea servir de cauce a la actuación del Espíritu. Esta característica de la Iglesia no podemos perderla nunca de vista.

Es lógico que haya una tendencia a considerar la Iglesia como comunidad humana que se rige por las mismas leyes por las que se rige cualquier otra sociedad. De la misma manera que en tiempos pasados no era correcto atribuir a la autoridad en la Iglesia una significación de dominio sobre los subditos, tal como sucedía en la vida social, tampoco es correcto en la actualidad concebir a la Iglesia como una sociedad democrática en la que la soberanía reside en el pueblo. Ciertamente que, en nombre de Dios, se han cometido muchos abusos, pero también se han cometido no pocos en nombre de la democracia. Una comunidad irá bien o mal según sean sus dirigentes, pero lo que es seguro

es que una comunidad nunca podrá ir bien ni podrá mantenerse en su propia identidad, si sus dirigentes no asumen sus respectivas responsabilidades. En este caso, aparte de que se deja un vacío que es ocupado indebidamente por otros, se puede llegar, incluso, a alterar los principios constitutivos de la comunidad.

Creo que es fundamental distinguir siempre entre las competencias que cada uno tiene en la Iglesia —dadas a cada uno por el Espíritu— y el ejercicio correcto de las mismas. Cuando no hay juego limpio en este campo, es fatal para la Iglesia. El juego limpio consiste en actuar con responsabilidad en el propio campo, sin injerencias en campos ajenos.

Por supuesto, querido Juan, que Jesús es el único Señor de la Iglesia, y por supuesto que este señorío lo ha ejercido como servicio a los hombres a fin de que todo hombre pueda libremente realizarse en plenitud, cualquier cargo en la Iglesia, sea el que sea, no podrás nunca entenderlo como un dominio sobre una parcela de la Iglesia, sino como una concreción del servicio que el Señor prestó y está prestando a través de ti a los hombres con quienes te relacionas. Nunca deberás olvidar que Jesús vino a servir y no a ser servido, como

tampoco deberás olvidar que vino a servir a todos los hombres.

Ya va siendo hora de desterrar la imagen que tenemos del obispo repartiendo beneficios cuando hace los nombramientos de sacerdotes. No te consideres nunca beneficiario sino responsabilizado para trabajar por el Señor. No te consideres propietario de ningún cargo, ni consideres a los demás sacerdotes como posibles contrincantes o contendientes ante quienes debas defender tus derechos. Sacerdotalmente hablando, nadie tenemos derechos sino más bien deberes sobre las distintas parcelas de la Iglesia. Debes sentirte enviado por tu obispo a trabajar allí donde sea, y sentirte enviado no para mandar, sino para vivir la obediencia a imitación de Cristo. Es decir, para cumplir con tu deber de regir una comunidad concreta. Te repito que no se trata de campos de dominio —a los que nadie más que tú tenga acceso—, sino de campos de responsabilidad donde debes desarrollar tu ministerio en bien de la Iglesia.

Hay quien se siente señor de una determinada parcela de la Iglesia, no deja entrar a nadie, aquello es coto cerrado; le sabe mal que alguien entre y le sabe

mal que alguien salga; quieren controlar todo y que todo se haga a su propia medida. Cuando lo bonito en la Iglesia es que circule la vida, que la vida fluya por todas las células, que se revitalice todo, y es que ¡somos tan pequeños!... Y surgen celos y tensiones y caras largas y ausencias y marginaciones y antipatías... ¡Qué pequeños somos! Y seguimos afirmando que la Iglesia es comunión y que nuestra misión es hacer la unidad en la caridad, y seguimos siendo conscientes de que la razón de ser de nuestro sacerdocio está en función de la comunión eclesial.

Para superar estos personalismos y vivir la comunión, procura identificarte con la comunidad, por arriba y por abajo. Formas comunidad eclesial con tus feligreses, con tus compañeros sacerdotes, con tu Obispo y con el Papa. Que tu comunión eclesial sea auténtica, que sea seria y sincera. En otras palabras, has de poner el mayor empeño en manifestar que tu comunidad, tu iglesia diocesana y la Iglesia universal son una única Iglesia: la Iglesia de Cristo, que es la misma Iglesia la que está en Roma y en cualquier parroquia de la diócesis y en tu propia comunidad. Y has de manifestar también que tu sacerdocio, el mío y el de

cualquier otro sacerdote son participación del mismo y único sacerdocio de Cristo para el servicio de una misma y única Iglesia.

Esta vivencia de la realidad de la Iglesia como misterio de comunión no es cosa fácil. Se requiere, para que sea auténtica, una gran limpieza espiritual, una extraordinaria rectitud de intención y una exigencia ascética de muchos quilates. Sentirse Iglesia y sentir con la Iglesia: he ahí la fórmula para vivir la comunión eclesial, que no se la puede hacer consistir en una aceptación teórica de la unidad eclesial; ha de traducirse en realizaciones prácticas que se concretan en las relaciones interpersonales de quienes formamos la única Iglesia de Cristo. Voy a ofrecerte unas consideraciones que pueden servirte para ir perfilando tus relaciones con el obispo, con los sacerdotes y con los demás miembros del pueblo de Dios.

Me da la impresión de que esta carta me va a salir llena de consejos, y es que uno ya va entrando en años. Y no es que piense contarte mis batallitas, aunque detrás de cada consejo haya algunas batallitas, e incluso grandes combates. Las batallitas quizá te las cuente cuando sea viejo. Como comprenderás, no es que yo

haya actuado siempre de acuerdo con estos consejos que te voy a dar. Desgraciadamente, no ha sido siempre así, pero la vida me ha ido enseñando mucho y ahí te ofrezco parte de mi experiencia y de la experiencia de no pocos hermanos sacerdotes y obispos.

En cuanto a tus relaciones con el obispo, piensa que te necesito y me necesitas. Ni el obispo puede hacer nada positivo sin la colaboración de los sacerdotes, ni éstos pueden llevar a cabo una buena acción eclesial sin el obispo. Fíjate si no en cómo han funcionado las diócesis que han estado mucho tiempo sin obispo. Me estoy refiriendo a una acción eclesial, no a la posibilidad de que todos hagamos nuestras cositas, y una de estas cositas puede ser lo que cada cual haga en su parroquia a su aire, pero sin conexión ni planificación diocesana.

Para esta ayuda mutua creo que es fundamental una relación personal. Precisamente en nuestra diócesis, dadas sus dimensiones, esto es muy factible. Únicamente esta relación personal puede traducir en amistad la comunión sacerdotal. Si no hay esta relación, aparece la burocracia y el montaje que nada tienen que ver con las relaciones que debe haber entre los sacerdotes y su obispo.

Si te hubieses ordenado en una de esas diócesis mastodónticas, quizá ni hubieses tenido ocasión de charlar muchos ratos con tu obispo. Aquí es diferente, hemos conversado bastante y espero que sigamos haciéndolo. Nos hemos hecho rabiarse un poquito cuando nuestros puntos de vista no acababan de coincidir, pero eso es bueno porque nos vamos conociendo y compenetrando. Cada vez estoy más convencido de que el conocimiento mutuo es fundamental para una colaboración personalizada. No se trata de coordinar cargos sino personas. La visión que tú tienes de la problemática de tu parroquia y la que tengo yo, podrán ser ambas verdaderas pero, por fuerza, han de ser incompletas, por eso son complementarias, y sólo cuando ambos conocemos la verdad del otro, es cuando podemos actuar con más verdad y con mayor objetividad, puesto que nuestras respectivas verdades se amplían y se perfeccionan.

Si ves que tardo algún tiempo en ir por tu parroquia, procura venir tú por casa, tengas o no problemas, que el obispo no está solamente para solucionar problemas. Ven para charlar un poco, para comer juntos, para tomar café, para tomarnos un coñac del tonelito que está pero que muy bueno.

Creo que tu relación personal con el obispo puede ayudarte a que tu acción sacerdotal tenga un aire diocesano, a que sientas el respaldo de tu obispo en las iniciativas que puedas ir tomando, a que no te encierres en los límites, siempre estrechos, de tu parroquia. Y, desde luego, con el corazón en la mano, te pido, por amor de Dios, que vengas cuando tengas algún problema de cualquier tipo. Pero sin esperar a que se pudra en tu interior. A veces nos llegan los problemas cuando ya no hay nada que hacer.

La misma actitud de comunión debe estar informando todas tus relaciones con los demás sacerdotes. No importa que haya mentalidades muy distintas dentro de nuestro presbiterio. Supongo que habrás captado que, a pesar de ello, hay verdadera amistad entre los sacerdotes. Esto es lo importante. Somos distintos y, a la vez, somos complementarios, y es la amistad sacerdotal la que aúna en comunión la diversidad personal. Tú puedes ampliar esta amistad aportando además savia nueva y joven. Sería esto parte importante de tu colaboración dentro del presbiterio. Indudablemente que si sabemos respetarnos y estimularnos, podremos conseguir mucho en cuanto

a complementarnos y en cuanto a colaborar unos con otros por el bien de la Iglesia.

Es posible que, por diferencia de edad o por no compartir determinados criterios, tengas cierta tendencia a aislarte del presbiterio.

No cedas nunca a esta tentación: la participación de un mismo sacerdocio exige una comunión en nuestra actuación sacerdotal, comunión en la actividad y comunión personal. Es necesario convivir con los demás sacerdotes, comunicarnos nuestros problemas, aconsejarnos unos a otros, animarnos. Somos portadores del único sacerdocio de Cristo en unión de nuestros hermanos sacerdotes. Por eso, a pesar de la diferencia de edad o de no compartir determinados criterios que pueden tener otros, nunca podemos aislarnos del presbiterio. El sacerdote nunca puede ser un francotirador ni en la parroquia ni en el arciprestazgo, ni en la diócesis. Esto no podemos perderlo de vista, lo mismo cuando se trabaja en una misma parroquia que si se trabaja en los lugares más distantes y distintos de la diócesis. Claro que los roces y las tensiones suelen darse con más frecuencia entre quienes trabajan en una misma parroquia o pueblo.

Se requiere una gran dosis de sentido común sacerdotal para saber colaborar. Piensa que nunca tendrás junto a ti a un sacerdote que piense exactamente igual que tú. Únicamente un diálogo con el corazón en la mano os abrirá el camino de una positiva colaboración. En muchas ocasiones no te será posible hacer las cosas que quieres ni como quieres. Es el eterno problema de la relación entre párrocos y coadjutores. Las relaciones entre sacerdotes que trabajan juntos irán bien en la medida en que todos, con espíritu de servicio a la Iglesia, sepan dialogar, planificar y actuar conjuntamente, en la medida en que sepan anteponer los intereses de la Iglesia a sus intereses personales. No sé darte otro consejo en este campo.

En cuanto a tus relaciones con los sacerdotes que puedan trabajar contigo en la misma parroquia, si fueses ya un sacerdote entrado en años y tuvieses algún coadjutor, te diría que respetases las iniciativas de los sacerdotes jóvenes, que dialogases con ellos, que no les tuvieses celos porque resulten más simpáticos y agradables, que les encargases las tareas que veas que pueden desarrollar mejor que tú, que vieses en su juventud una nueva fuerza revitalizadora para tu co-

munidad, que no les defraudases en la ilusión que normalmente tiene todo sacerdote al iniciar su ministerio, que los fueses introduciendo en toda la problemática pastoral, que los considerases como íntimos colaboradores...

Pero como eres sacerdote joven y es posible que actúes como coadjutor, te recomiendo que sepas respetar las experiencias de los mayores con quienes vas a trabajar, que no desprecies la labor que ellos han realizado durante muchos años, con mayor o menor acierto, que no trates de suplantarles sino de ayudarles, que tengas en cuenta que ante ciertas decisiones difíciles y cruciales, ellos son los que suelen cargar con la mayor responsabilidad, que ellos son los que normalmente suelen tomar las medidas que pueden resultar antipáticas, que el coadjutor, por ser joven y por ser nuevo, no está quemado, y que suele gozar de mayores simpatías. Ten mucha altura sacerdotal desde el principio. No formes grupo al margen del cura. Dialoga mucho, obra con sentido sobrenatural y sé un gran colaborador.

Ya te dije que nadie puede impedirte el ejercicio de tu sacerdocio. Hay mil maneras de ejercerlo, y mil

maneras también de no ejercerlo. El sacerdocio que fluya a través de ti está destinado a la salvación de los hombres. ¿Qué importa que llegue a ellos por unos cauces que tú previamente te has trazado o por otros distintos que vayas encontrando? Lo que no puedes hacer nunca es secar la fuente de tu sacerdocio. Puede que los cauces que tú juzgas como los más indicados, no sean juzgados de igual manera por quienes trabajan contigo. Abre nuevos cauces, aunque no te gusten tanto. Quizá una de las maneras de abrirlos sea el comentar el problema con el obispo, que para eso está. Lo que nunca te estará permitido hacer, precisamente por la fuerza del sacerdocio que hay en ti, es dejar de ejercer tu sacerdocio.

Ni se trata de salirte con la tuya ni de quedarte desanimado cruzado de brazos y como diciendo: “*¡Qué le vamos a hacer!*”. Ningún sacerdote ejerce su sacerdocio siempre a su gusto. Estamos siempre condicionados unos por otros. Hay que encontrar la manera de actuar sin romper la comunión eclesial y dándole a nuestro sacerdocio, también en esas circunstancias, su máxima expresión.

Otro grupo eclesial con el que habrá de colaborar y del que podrás esperar una valiosa colaboración

es el de religiosas y seglares. Los tendrás colaborando contigo prácticamente en todas las acciones pastorales que vayas emprendiendo. En el caso concreto de las religiosas, ten en cuenta que no es fácil encontrar una diócesis en la que estén ellas tan compenetradas en la actividad diocesana y parroquial como en la nuestra. Me refiero a las religiosas porque ya sabes que en la diócesis hay sólo una comunidad de religiosos y regentan una parroquia.

Por otra parte, debes ser muy consciente de que tanto en las religiosas como en los seglares que colaboran contigo, hay gente de mucha altura. No te ofendas si te digo que en cualquier campo, siempre los hay que valen más que tú: en experiencia; en prudencia; en sentido común; en criterios; en inteligencia; en prestigio ante el pueblo; en altura espiritual; en fidelidad al Señor. Si les presides es porque eres sacerdote, pero recuerda que esto no te da derecho, ni mucho menos, a imponerles tus criterios. Esto creo que más bien te obliga a escucharles, a contar con ellos, planificando y trabajando conjuntamente para el bien de la Iglesia. Piensa que el Espíritu, a quien todos debemos obediencia, no sólo habla a través de ti.

Escuchar y consultar tiene la gran ventaja de poder ver los problemas y posibles soluciones desde distintos ángulos. Aunque dentro de tu campo de responsabilidad hayas de ser tú quien tome las decisiones, éstas serán más acertadas cuanto más se tengan en cuenta las opiniones de los miembros de la comunidad que viven esos mismos problemas y desean sinceramente, como tú, que se les dé la solución adecuada.

Atiende sus sugerencias, apoya sus iniciativas. Las mejores sugerencias e iniciativas es muy posible que no salgan precisamente de ti. Ante cualquier propuesta de su parte, examina lo que pueda haber de positivo y factible. Nunca los consideres como meros ejecutivos de lo que se te pueda ocurrir. Te puedes quedar solo si no eres capaz de compartir y de animar sus iniciativas. Si te empeñas en que todos acepten sin más lo que tú has elaborado, estás caminando hacia el fracaso. Normalmente nadie cree obrar de una manera autoritaria, pero de vez en cuando, párate a pensar si todo lo que estás haciendo ha nacido de ti, o estás llevando también actividades apostólicas que se les han ocurrido a tus colaboradores. Si te ven autoritario, normalmente no te lo dirán directamente, pero lo podrás

captar en el ambiente. Si notas cierto vacío a tu alrededor y cierta apatía en tus colaboradores, piensa si la causa pudiera encontrarse por ahí.

Una última indicación en este punto de la colaboración. Todos nos sentimos más incorporados a una acción cuanto más hemos participado en su gestación. Precisamente porque estás presidiendo una comunidad, no puedes ir a tu aire, a la buena de Dios o a lo que salga. Debes saber desde el principio a dónde vas, y a dónde vas con los otros. Es decir, a dónde vais. Es necesario que programéis, conjuntamente, tú y tus colaboradores, que vayáis evaluando lo que conseguís. Y sobre todo es necesario para una acción pastoral correcta, que tus colaboradores trabajen a gusto contigo. No es difícil percibir si trabajan a gusto, y es conveniente que estés muy atento a ello.

En todo este problema de la colaboración eclesial, más que de defender derechos, se trata de aunar voluntades. Hay quien es muy sensible cuando cree que no se le tienen en cuenta sus opiniones, pero cuando es él quien preside, hace oídos sordos a las opiniones de los demás. Te lo digo porque el sacerdote tiene una función de presidencia: atiende mucho a

las opiniones de los otros. La presidencia en la Iglesia no consiste en mandar, sino en hacer que las distintas voluntades converjan en una actitud de comunión eclesial, siempre con una referencia muy clara a la voluntad de Dios. Es lo que decía anteriormente de que no hay que concebir nuestra misión en la Iglesia como el disfrute de una parcela de poder.

Hay siempre acechando un peligro que, si no lo sabes evitar, puede dar al traste con todos los proyectos e ilusiones que puedas trazarte en tu actividad pastoral. Se trata del personalismo. Este problema ha estado presente en la Iglesia desde el principio.

¿Te acuerdas de aquello de que unos eran de Pablo, otros de Apolo y otros de Cefas? Pues también en la actualidad hay casos en que unos son del cura, otros del vicario y otros del sacerdote que, con cierta periodicidad, visita la parroquia. Juan, nunca crees división en la parroquia. Puesto que tu sacerdocio, como el de Cristo, está en función de la unidad, nunca crees división. Te cueste lo que te cueste: a Cristo le costó la cruz. Eres sacerdote de la Iglesia, la Iglesia es de Cristo y Cristo es de Dios, en quien encontramos la suprema unidad.

Para cualquier sacerdote es relativamente fácil crearse un grupo a su medida, en criterios, en opciones y en actuaciones. Desde esta situación, no es difícil ni infrecuente dar el paso de considerarse Iglesia a considerarse «La Iglesia». Esto, que en teoría nadie admite, en la práctica se da en no pocos grupos.

Hasta cierto punto es comprensible la tendencia a formar nuestro propio grupo, como hay tendencia a formar una familia propia. Nuestra familia la constituye la comunidad en que nos movemos; nuestros feligreses suponen para nosotros algo más que un grupo de amigos, son aquellos por quienes día a día vamos dando nuestra vida, como, día a día, la va dando un padre por sus hijos. Pero si esto tiene una traducción correcta en la vivencia de la fe a nivel comunitario y personalizado, tiene también el peligro de convertir en personalismo lo que debe ser vivencia comunitaria. Lo que no es correcto es que en una parroquia en la que trabajan varios sacerdotes, cada uno tenga su grupo de incondicionales sin actividad coordinada. Y no es que todos los sacerdotes puedan, sepan, o deban hacerlo todo; pero sí que entre todos deban hacerlo todo con una planificación correcta y

deben, desde luego, estar dispuestos a sustituirse entre sí siempre que sea conveniente. Algo está fallando en la acción pastoral cuando esto no es posible; la colaboración se está convirtiendo entonces en capillismo. El capillismo, al fin y al cabo, es el resultado visible de la incapacidad de actuar con la mínima altura sacerdotal. “*El grupo es mío*”, suelen pensar. “*Que nadie se meta*”. El resultado es la ineficacia pastoral y la división eclesial. Todo lo contrario de la comunión.

Yo te recomiendo, por lo que más quieras, que por nada del mundo consientas en dividir a la comunidad. Esto es fácil. ¿Sabes cómo? Te lo voy a decir: dejándote querer; siempre tendrás un grupo de incondicionales.

Rehúye con todas tus fuerzas formarte un grupo de incondicionales, ten en cuenta que estos grupos suelen formarse insensiblemente. Lógicamente habrá siempre un grupo de colaboradores con quienes te verás y te encontrarás con más frecuencia, pero que no te absorban. Tu casa siempre debe estar abierta a todos, frecuentar tu casa no debe ser nunca privilegio de unos pocos. Debe ser un derecho de todos aquellos que, de alguna manera, te necesiten. Los que no te necesiten,

están de sobra en tu casa, como también tú estás de sobra en cualquier casa donde tu presencia no sea necesaria, especialmente si hay mujeres de por medio. Nunca tengas inconveniente en estar en cualquier parte con quien sea, pero ten muy presente que sólo te debes dejar guiar por motivos netamente apostólicos.

Debido a estos motivos, claro está que deberás relacionarte frecuentemente con tus inmediatos colaboradores en actividades catequéticas, litúrgicas y apostólicas. Pero que se vea claro que no se trata de amiguitos o de amiguitas del sacerdote. Que se vea muy claro que tú y ellos estáis al servicio de la Iglesia con una apertura y con una fuerte integración en la iglesia local.

Llegados a este punto, quiero ofrecerte algunas consideraciones sobre la parroquia como ámbito de tu realización como sacerdote. Personalmente me he sentido siempre muy vinculado a la vida parroquial; en la actualidad, sigo año-rando mi vida de párroco.

Indudablemente que la parroquia, como cualquier otra institución, tanto eclesial como civil, necesita adaptarse al nuevo ritmo de vida de nuestra sociedad, pero esto no significa que esté desfasada. Sería

un anquilosamiento en el pasado concebir la parroquia moderna al estilo de una unidad eclesial y aislada como era en tiempos antiguos la parroquia rural; pero también sería un absurdo pastoral relegar la parroquia al rincón del olvido sin intentar adaptarla a la nueva realidad de la Iglesia y de la sociedad.

La parroquia territorial sigue teniendo vigencia en la actualidad, siempre que el territorio no se confunda con un coto cerrado y siempre que sea un punto de convergencia de cualquier actividad eclesial y misionera, como se dice actualmente, siempre que se constituya como comunidad de comunidades, en vez de ser sólo comunidad de personas.

Normalmente, los grupos que van surgiendo independientemente de la parroquia suelen integrar a cristianos selectos, al menos con la inquietud de procurar en la vivencia de su fe y con el deseo sincero de actividad apostólica seria. Pero ¿qué hacemos con esos otros cristianos cuya fe necesita de apoyo por su debilidad o por ser una fe rutinaria?

Por otra parte, ¿quién coordina toda la vitalidad de los grupos para que estén debidamente atendidas todas las necesidades pastorales del pueblo de Dios?

¿Quién orienta toda la actividad misionera de la comunidad cristiana?

Quienes trabajéis en la parroquia tenéis el deber de cubrir todos los campos. Unas actividades os gustarán más y otras menos. En tu caso, no puedes dedicarte a lo que te gusta. Hay que cubrir todos los campos, en colaboración con cualquier otro sacerdote con quien puedas trabajar, pero no puede quedar ningún campo sin atender, aunque se trate de un campo poco valorado en otros ambientes, incluso sacerdotales. Hay que cubrir todos los campos. Esto es algo que nadie puede hacer mejor que la parroquia.

Por otra parte, la parroquia tiene la ventaja de dar continuidad a las obras apostólicas, por ser ella una entidad estable y permanente. No es como las demás sociedades cuya duración, en muchas ocasiones, es muy efímera. Todos conocemos grupos y comunidades pequeñas y no tan pequeñas, que aparecen en determinadas circunstancias y que desaparecen con relativa facilidad. La parroquia es siempre un punto de referencia estable dentro de la vida de la Iglesia.

Estoy convencido de que la vida parroquial va a influir muy positivamente en el desarrollo de tu per-

sonalidad sacerdotal si sabes aprovechar, desde el principio, la extensa gama de posibilidades que te ofrece la parroquia. En primer lugar, porque la parroquia te permitirá tener contacto con gente de diversa cultura y de distinta posición social; tratarás como pastor a fieles de vida cristiana de muchos quilates y a gente muy alejada; atenderás a niños en la catequesis, a enfermos, a ancianos y moribundos; actuarás con grupos apostólicos de jóvenes y de adultos. Te sentirás muy sacerdote dentro de esa iglesia en pequeño que es la parroquia. Cualquier problema de cualquier feligrés, lo sentirás como propio. La parroquia te ayudará a mantener esa perspectiva de universalidad tan peculiar de nuestro sacerdocio.

Y en segundo lugar, la parroquia ayuda al sacerdote a profundizar en la universalidad de su sacerdocio, es decir, a tener una conciencia muy clara de que deben cubrirse todos los campos. Indudablemente que todos tenemos nuestras preferencias en cuanto al campo de nuestra actividad sacerdotal. Hay quien trabaja más a gusto entre los niños o entre los adultos; hay quien tiene una preferencia por los enfermos, ancianos o impedidos; hay quien se encuentra más realizado en

el mundo obrero o entre los estudiantes o en la problemática social; hay quien prefiere una pastoral litúrgica o catequesis, etc.

Generalmente, los sacerdotes jóvenes tienen una predilección por la juventud. Lógicamente, cuando hay varios sacerdotes que actúan en equipo, a los sacerdotes jóvenes se les suele responsabilizar de este campo. Pero ¡cuidado! no te quedes ahí. Yo te aconsejaría que, desde el principio, estés también en el campo de los adultos. Eres presbítero, es decir, anciano. Esto significa que debes ser un hombre de fe madura, capaz de orientar a cualquier cristiano. Tu personalidad como sacerdote debe ser madura, capaz de comprender y de ayudar a cualquiera.

Si sólo te dedicas a la juventud, corres el peligro de convertirte en un joven más, y debes ser joven con los jóvenes, niño con los niños y adulto con los adultos. Por otra parte las inquietudes y la experiencia de unos y de otros, pueden contribuir muy positivamente a enriquecer tu personalidad sacerdotal. En la Iglesia, todos damos y recibimos, y en este mutuo dar y recibir se está fraguando constantemente nuestra personalidad cristiana y sacerdotal. Cada vez estoy más convencido

de que en la vida parroquial es donde se ofrecen las mejores condiciones para la vivencia efectiva de nuestro sacerdocio.

Quisiera también exponerte algunas condiciones requeridas para que puedas desempeñar correctamente tu deber de regir dentro de la comunidad cristiana.

Para que sea debidamente aceptada la autoridad en la Iglesia, lo primero que se requiere es tener autoridad moral, sobre todo, porque en la Iglesia no puede haber coacción como en la sociedad civil. Las voluntades de unos y otros se han de mover con libertad, no por imposición. Y el único camino para tener autoridad moral es llevar una vida intachable, aparte de tener una adultez humana y cristiana. Que te vean pobre, desinteresado por los bienes materiales, sencillo, acogedor, que te vean hombre de Dios. Pero que te vean así porque lo seas, no porque lo aparentes. Así y sólo así, tendrás autoridad moral: la primera condición para poder regir convenientemente a la comunidad cristiana. Esto supone una preparación previa que debes haber adquirido durante el tiempo de formación; supone, además, un interés constante por superarte en este sentido; su-

pone, desde luego, un desarrollo de tu personalidad en todas las dimensiones que inciden sobre tu vida humana, cristiana y sacerdotal.

Una manifestación de tu adultez sacerdotal que te dará mucha autoridad será tu disponibilidad para servir a la Iglesia en cualquier cargo que se te pueda confiar.

Lógicamente, cuando uno lleva varios años sirviendo en una misma parroquia, adquiere una serie de amistades, se va compenetrando con sus colaboradores, lleva a cabo unas actividades... en fin, se va enraizando en un lugar concreto. Es lógico que le cueste salir cuando el obispo cree que es oportuno que lo haga. En muchos casos suele haber tensiones con el obispo cuando propone un traslado. En estos casos hay que tener en cuenta que si alguien tiene interés personal en que se produzca o no un traslado, no es precisamente el obispo; como comprenderás, a mí personalmente no me interesa el lugar que cada uno ocupe, lo que me interesa es que, por el mayor bien de la Iglesia, puedan todos desarrollar todas sus posibilidades de la manera más conveniente para el mejor servicio al pueblo de Dios. Que vean todos en ti que has sabido dar siempre

una respuesta decidida y firme a lo que has visto que el Señor te pide cuando se te ofrezca un traslado. Tendrás autoridad moral a regir tu comunidad.

Con esa autoridad moral de estar donde te manden y de llevar una vida evangélica. Te recuerdo en esta línea la actitud del Buen Pastor conduciendo a las ovejas. Cuando las llama y ellas conocen su voz y las saca, dice el evangelio: *“Y él va delante”*. Esta frase me ha hecho pensar mucho últimamente. Ya sabes que cada vez que leemos el evangelio encontramos algo nuevo, algo que hemos leído muchas veces pero que, en un momento determinado, sin saber por qué, nos llama la atención.

El pastor va delante, va conduciéndolas hacia los buenos pastos, no puede ir a remolque de las ovejas, ha de abrir camino, ha de dar seguridad a las ovejas. Ahí tienes otro programa de vida sacerdotal. El pastor, que va delante, debe tener autoridad moral, además de teológica.

Tu puesto en la Iglesia está en primera línea. Has de guiar a personas que tienen una vivencia profunda de fe y a quienes están dando los primeros pasos en la vida cristiana; a personas de vida contem-

plativa y a quienes se esfuerzan, con su testimonio, en que la sociedad camine por cauces evangélicos; a quienes están ilusionados con su vivencia cristiana y a quienes tienen dudas o están en crisis. Has de ir delante, has de abrirles camino, cada uno tiene el suyo, pero has de tener muy claro el punto de convergencia de los distintos caminos. Y para conseguirlo, has de tener una vivencia interna de tu sacerdocio. En el fondo estará siempre tu respuesta fiel al Señor en diálogo interno con Él, en el fondo siempre estará tu disponibilidad para dar, de verdad, tu vida por las ovejas. Entonces serás capaz de ir delante, como el Buen Pastor. Ir delante, además de darte autoridad moral, te dará credibilidad.

Un nuevo paso, además de autoridad moral, deberá consistir en tu integración en tu comunidad, debes sentirte dentro de ella y comprometido con ella. Para esto necesitas de un tacto especial. No puedes diluirte en la comunidad porque la empobrecerías privándola de tu propia y peculiar significación, ni puedes tampoco considerarla sometida a tu liderazgo. Has de encarnarte plenamente en ella pero sin desvirtuarte. Ni puedes someterla, ni

puedes someterte a ella. El único sometimiento que cabe es, a imitación de Cristo, el sometimiento a la voluntad del Padre.

Esto que te voy diciendo no equivale a desvirtuar ni la significación del ministerio sacerdotal ni la de ningún otro ministerio. Si tomamos como punto de referencia la consideración de la Iglesia como cuerpo organizado, el que cada uno de los miembros cumpla su misión dentro del cuerpo y para el bien del mismo, cada miembro debe actuar su función específica y distinta coordinadamente con las funciones de los otros miembros, para bien de todo el cuerpo. Y en el cumplimiento de sus respectivas misiones, se ayudan y se necesitan unos miembros a otros.

Desde esa integración comunitaria y desde la conciencia de tu responsabilidad dentro de la comunidad, encontrarás la manera concreta de servir. Yo te aconsejaría tener siempre muy claros dos puntos de referencia: la firmeza en los principios evangélicos, doctrinales y morales; y el tacto que constantemente debes tener con todos para ofrecerles la ayuda personalizada que cada uno necesita. Para prestar convenientemente este servicio, has de tratar de descubrir el lado bue-

no que cada uno tiene para ayudarle a abrirse al Señor desde ese lado más cercano a Él.

Otra condición requerida para regir bien es saber superar la imperfección de las estructuras. ¿Has conocido a alguien empezando por el mismo Cristo, que tuviere a su favor un perfecto entramado estructural? Por el contrario, sí habrás conocido a muchos que, con la excusa de la imperfección de las estructuras, se inhiben en el cumplimiento de sus respectivas responsabilidades, como habrás conocido también a quienes han sabido superar cualquier imperfección estructural. A estos debes imitar.

Las estructuras en la Iglesia, como en cualquier otra agrupación, ni son perfectas ni lo serán nunca, como la vida personal de cada uno. No esperes a que sean perfectas para decidirte a una actuación ilusionada por el Evangelio: estarás esperando toda la vida. Si quieres un consejo de los malos, te lo voy a dar también: si algún día quieres justificar ante los demás tu posible rutina o pereza o evasión de tus propias responsabilidades, empieza a meterte fuerte con las estructuras. Y si quieres otro consejo, el bueno, mira siempre al Señor y trata de descubrir, en actitud de fe, lo que quiere de ti en cada momento.

Muy en consonancia con el problema de las estructuras está, como te acabo de decir, el problema de la responsabilidad personal de cada cual. Tú puedes hacer mucho, aunque yo o los demás sacerdotes no cumplamos con nuestro deber, incluso aunque no apoyemos tus iniciativas o vayamos en contra de las mismas. Recuerda que tu aportación a la renovación de la Iglesia empieza en el preciso momento en que tú inicias tu renovación personal y sacerdotal con limpieza de intención; sin estar pendiente para ello de la corrección con que actúen los demás, procurando, al mismo tiempo, que también los demás cumplan debidamente con sus responsabilidades. No caigas nunca en el infantilismo de intentar justificar tus inhibiciones porque los demás no cumplen o lo hagan mal. En definitiva es ante Dios ante quien hemos de responder de nuestros actos, no ante los hombres.

En esta línea de cumplimiento de tus deberes, te insisto en que cuides mucho tu manera de tratar a la gente: sin asperezas, incluso cuando no estés de acuerdo con lo que hacen o cuando tengas que corregir a alguien. Que todos puedan percibir a través de ti, la llamada del Señor; que todos se sientan interpelados;

que nadie se sienta rechazado. Que el respeto y la acogida estén siempre en primer plano. Preocúpate mucho de esto. Preocúpate más de la promoción cristiana de las personas que del éxito de las obras e iniciativas que hayas podido emprender.

Vive muy pendiente de las personas. Es lo que vale y lo único que cuenta. Anímales siempre y que perciban que confías en ellos.

Pide a cualquiera, cualquier favor, aunque se trate de cosas muy pequeñas. Es una manera de decirle que sirve para algo en la Iglesia; es una manera de incorporarle a la vida parroquial; es manifestarle que cuentas con él. En definitiva, es abrirle el camino de incorporación a la vida de la Iglesia.

Esto no significa, ni mucho menos, que no hayas de tener una concreción pastoral. Debes programar tus actuaciones y debes estructurar tu comunidad según sus necesidades y posibilidades. Pero todo, en función de las personas. Conjugando la creatividad con el espíritu de comunión eclesial.

Al hablarte de la atención a las personas, recuerda que los preferidos son los que no son rentables desde una concepción naturalista de la vida: los po-

bres; los fracasados; los enfermos; los ancianos; los que la sociedad no tiene más remedio que soportar y atender. Precisamente por su necesidad y su desvalimiento, deben ser los preferidos de la Iglesia, por la sencilla razón de que la Iglesia es servidora y ellos son los que más necesitan de sus servicios y de su atención.

En esta misma línea te encontrarás con tradiciones y costumbres en ambientes de gente sencilla. Te digo lo mismo que al hablarte de la liturgia. Respétalos. Nunca se te ocurra despreciarlas. Ayuda siempre a que sepan valorarlas en todo lo positivo que tienen y a que se vayan purificando de lo que tienen de imperfección. Muchas de estas tradiciones a ti te dirán poco, pero a ellos les pueden decir mucho. Por eso es necesario que antes de decidirte a cualquier cambio, por muy necesario o conveniente que sea, expliques las razones que hay para hacerlo, a fin de que ellos vean también la necesidad o conveniencia de cambiar. Muchos programas pastorales que en algunos lugares dan buen resultado, nacen muertos en otros porque se introducen sin la suficiente preparación y sin la participación en su elaboración de aquellos a quienes afectan.

Por último, paso a ofrecerte unas líneas sobre la relación del sacerdote con el mundo político-sindical. Voy a ser muy breve.

El sacerdote debe estar comprometido en todo lo que dice relación a la vida del hombre. El problema está en la manera de comprometerse. Hay dos niveles de compromiso: el nivel de los principios; y el nivel de las concreciones o programas. Los cristianos, desde su misma fe, pueden optar por partidos o sindicatos distintos, porque ven en ellos la mejor manera de plasmar en la sociedad sus ideales cristianos. Esta concreción y opción es propia del seglar, no del sacerdote.

El sacerdote debe tomar parte en esta vida político-sindical, pero desde el nivel de la fe, o si quieres mejor, desde la posición del ministerio sacerdotal. La fe es la misma para todos los cristianos que militan en los distintos grupos, todos necesitan del sacerdote para que les clarifique su fe y les anime a ser consecuentes con ella. Por ser sacerdote, se debe a todos y a todos por igual, todos tienen los mismos derechos sobre él. Por tanto, si quiere ser consecuente con su sacerdocio, no puede el sacerdote vincularse a ningún grupo, porque le alejaría de los cristianos que militan, con todo

derecho, en otros grupos; y a todos debe el sacerdote ofrecerles su servicio de animador de la fe.

La militancia activa del sacerdote en partidos políticos y en sindicatos, no es más que una clericalización de nuevo cuño. Es meterse en un campo que no es el suyo; es el propio de los seculares cristianos.

Tu misión, por tanto, ante este mundo de la política y del sindicalismo, habrá de consistir en clarificar a unos y a otros los principios evangélicos, para que sepan discernir lo válido y lo positivo de lo antievangélico que pueda haber, tanto en los programas y en las actuaciones de su propio partido o grupo sindical, como en los de los demás partidos o grupos. Tu misión deberá consistir en animar a unos y a otros para que actúen con sentido evangélico, a fin de que la vida social se impregne del Evangelio.

Sin duda alguna, intentarán manipularte. Estáte alerta porque los hay muy finos. Déjate guiar sólo por las exigencias de tu misión sacerdotal. Sé muy independiente y muy sacerdote. Tu compromiso está a otro nivel. Quien actúe con sinceridad cristiana, que sepa que puede encontrar en ti una orientación movida sólo por fidelidad al Evangelio. Ese es tu papel. Podría alar-

garme mucho en este punto, sobre todo si empezase a contarte anécdotas tanto actuales como de tiempos pasados, pero ya está bien por ahora, ¿no te parece?

CARTA 5^A EXIGENCIAS Y DIFICULTADES DEL SACERDOCIO

Querido Juan:

Después de haberte hablado de la misión sacerdotal, quiero en esta carta animarte ante las exigencias que conlleva el sacerdocio y ante las dificultades que inevitablemente habrás de tener.

Conviene que ya desde el principio, seas consciente de ello, de lo contrario, a las primeras de cambio podrías desilusionarte y desanimarte.

Las dificultades no te van a venir del Señor, según esa imagen popular de Dios repartiendo penas, incomprendiones y sufrimientos; el Señor no reparte esas cosas sino que nos ayuda a superarlas cuando, por unas u otras circunstancias, aparecen en nuestras vidas. Esas dificultades las tendrás desde el momento en que te propongas vivir con seriedad tu sacerdocio, y nacerán de tu propia debilidad personal y de una serie de circunstancias en medio de las cuales habrás de ejercer tu sacerdocio.

Tendrás problemas precisamente porque el sacerdocio exige mucho. Si quieres ser consecuente con este don que acabas de recibir, has de sufrir y no poco. No quisiera ser cenizo en esta carta, pero tampoco quisiera que te imaginaras el sacerdocio como un camino de rosas. Te lo repito: si quieres desarrollar tu sacerdocio hasta las últimas consecuencias, habrás de sufrir y no poco. Tanto es así, que si no sufres siendo sacerdote, debieras plantearte si estás ejerciendo correctamente tu sacerdocio. Y esto por la sencilla razón de que toda vida cristiana es cruz y todos los que pretendemos seguir a Jesucristo hemos de cargar con la nuestra.

También te digo que, desde tu vivencia personal de la cruz, has de estar viviendo la esperanza; has de estar gozando de la cercanía de Jesucristo; has de estar disfrutando al ver que tu vida tiene sentido desde el momento en que sigues las huellas del Maestro. Tendrás también la inmensa alegría de que Dios te mira complacido porque estás cumpliendo con tu deber en la viña del Señor, sin rehuir el esfuerzo ni el sudor ni el sacrificio, aunque al final hayas de repetir la frase del Evangelio: “*Siervos inútiles somos*”.

Eres, como Cristo, don para todos. Esa es tu cruz y esa será tu gloria. De ahí precisamente arranca la exigencia de tu sacerdocio. Casi nada ser don y casi nada serlo de manera indiscriminada para todos. Si, como te decía en otra carta, el sacerdote es quasion-tológicamente otro, es claro que se necesita una gran dosis de ascesis para serlo vitalmente.

Afrontar la exigencia de un cambio de criterios, de mentalidad, de estilo de vida, de escala de valores y de actuaciones, está en línea con el deseo sincero de ser sacerdote como debes serlo.

Y si esta vivencia sacerdotal te va a suponer hacer de tu vida un don, no olvides que, al mismo tiempo, estás recibiendo el don que Cristo te hace con la entrega de la suya. No estés obsesionado por lo que le das al Señor, alégrate porque estás recibiendo del Señor muchísimo más. Recuerda aquella parábola del tesoro escondido. Quien lo encuentra, vende todas sus cosas, es condición para quedarse con el tesoro. Si sabes valorar el tesoro del sacerdocio, no tendrás reparo en quedarte sin nada, incluso sin ti, para empezar a ser un nuevo Cristo en medio del mundo.

Lógicamente, el vender cuesta, supone quedarse sin aquello que se vende. Esta es la primera dificultad a nivel personal con la que te vas a encontrar. Yo te aconsejaría una valiente decisión y una gran rectitud de intención. Ten siempre una trayectoria bien definida, desde luego, con una gran limpieza en tu vida. Tus criterios y actuaciones, que sean coherentes. Habrás de necesitar fortaleza, una gran dosis de fortaleza, porque Dios no se conforma con un amor a medias.

La fortaleza te será necesaria porque es toda tu vida la que ha de estar siempre en juego. Las cosas no se hacen solas, ni tus cosas pueden hacerlas los otros. Podrás y deberás contar con muchas ayudas, en primer lugar, la del Señor, y, en segundo lugar, con la de la comunidad cristiana. Pero ni una ni otra podrán sustituirte en lo que es de tu competencia.

Con la ayuda del Señor podrás contar siempre. Es posible que no suceda lo mismo en el caso de la ayuda de la comunidad cristiana, aunque también es cierto que, si la sabes buscar, la encontrarás, en una o en otra parte, en unas o en otras personas. Pero la has de saber aprovechar en función de tu esfuerzo y de tu donación, no como suplencia de tu posible falta de co-

raje en afrontar las exigencias ascéticas que pide tu sacerdocio. Te lo digo porque es posible que, con el paso de los años, la rutina y el cansancio vayan apareciendo en tu vida. Corremos el peligro de acostumbrarnos a todo, incluso a ser sacerdotes. De ahí la necesidad de estar siempre en tensión con una actitud muy claramente definida de fidelidad al Señor. De ahí, también, la urgencia de superar cualquier obstáculo que se te interponga en tu camino.

El gran obstáculo eres tú mismo. Me refiero con ello a las dificultades que has de encontrar en ti, como las encontramos cualquiera de nosotros. Te voy a indicar tres que me parecen de las más importantes.

La primera: la austeridad de vida requerida en cualquier sacerdote. Puede que esta dificultad no afecte tanto a los sacerdotes jóvenes. Pero van pasando los años y uno empieza a preocuparse de su futuro económico. Y es posible que trate de asegurarlo, y de asegurarlo como sea.

En nosotros verás de todo. Verás sacerdotes realmente ejemplares en este aspecto. Verás a otros que se han situado muy bien económicamente, sirviendo a la Iglesia; estos serán los menos, pero los verás. Lo

normal será que veas a los sacerdotes vivir con sencillez y austeridad, Y esto, a pesar de las críticas que hay en sentido contrario. Pero la realidad es ésta.

La austeridad y pobreza que han de informar tu vida deben ser fruto de una elección voluntaria. No se trata de vivir como pobres porque no tenemos más remedio, sino de elegir positivamente vivir como pobres. En la actualidad se habla mucho de dar signos de pobreza, creo que lo importante es ser signo. Si somos pobres, claro que daremos signos de pobreza, no será necesario darle muchas vueltas a cómo dar signos. Preocúpate de ser realmente pobre, de vivir con gozo la pobreza evangélica, ya darás signos de pobreza ya, no te preocupes. Aquí te aconsejaría una lectura meditada de las palabras del Señor sobre la pobreza en el sermón de las Bienaventuranzas. Sigue urgiéndonos en la actualidad la plena confianza en la providencia del Señor, en nuestro hoy y de cara al futuro.

Este espíritu de pobreza te dará una gran libertad interior. Podrás dedicarte al evangelio sin trasfondo de intereses creados, no temerás perder nada porque no tienes nada; y si, como suele decirse, todo hombre tiene su precio, va a ser muy difícil encontrar el tuyo.

Por otra parte, ésta es la única postura lógica del sacerdote. Si le hemos dedicado nuestra vida al Señor, lógicamente le hemos de dedicar nuestras cosas. Lo contrario sería una grave inconsecuencia. Nosotros y nuestros bienes somos del Señor, somos de la Iglesia. Un signo de que no te estarás aprovechando de la Iglesia podría ser que tu nivel de vida no sea superior al de tu familia. Ser sacerdote no es una manera de hacer carrera.

Sería también un grave escándalo que alguien se aprovechara de los bienes materiales que hubiese podido adquirir con el ejercicio de nuestro ministerio. Esos bienes pertenecen a la Iglesia y a los pobres. Pase que lo que nos pueda venir de nuestros padres revierta a nuestra familia, pero los bienes que nos vienen de la Iglesia en el ejercicio de nuestro ministerio, no son bienes patrimoniales: son patrimonio de los pobres y de la comunidad eclesial.

A tus familiares los podrás tener en cuenta para participar de estos bienes si son pobres y en la medida en que lo sean, de manera especial si alguno de ellos se ha dedicado a atenderte estando contigo. Tú verás la manera de recompensarle y agradecerle esos servicios,

pero siempre bajo la perspectiva de estar haciéndolo con bienes que son de la Iglesia y de los pobres, no tuyos.

Además, si los familiares y amigos que puedan vivir a tu alrededor son conscientes de que no pueden esperar de ti bienes materiales, te tratarán con más sinceridad y con más verdad.

La segunda dificultad con que te habrás de enfrentar es la tendencia al prestigio, al éxito, a quedar bien, a sobresalir. No lo busques. Tampoco te insisto en que te muevas en ese tercer grado de humildad de que nos habla San Ignacio en sus Ejercicios Espirituales. Busca servir al Señor con sencillez y naturalidad, hacer lo que Dios te pide, sin estar pendiente de unos ni de otros.

No te pases el tiempo estando siempre pendiente de lo que dicen de ti, de lo que te hacen, de si te aprecian o no, de si te ponen la zancadilla, de si te hacen caso o de si no te toman en consideración. De quien has de estar pendiente es del Señor. ¿Qué te importa que yo u otro cualquiera estemos o no contentos de ti? Que el Señor esté contento. Jesús decía, refiriéndose al Padre: *“Yo hago siempre lo que es de su agrado”*. Si

puedes decir también esto, que te tenga sin cuidado lo que podamos opinar de ti. Y San Pablo dijo: “*Si todavía tratara de contentar a los hombres, no podría estar al servicio de Cristo*”. Trata de agradar siempre a Dios —ni a mí, ni a ti, ni a nadie—. Será entonces cuando estarás viviendo las exigencias de tu sacerdocio.

Ahí va un consejo que todos vemos claro teóricamente, pero que en la práctica no es fácil de cumplir por diversas razones: sé enemigo declarado del escalafón. En el subconsciente todos tenemos cierta inclinación a subir en lo que llamamos parroquias y diócesis mejores y peores. Habrá que ver los criterios que usamos para esa denominación. Pero no creo que ninguno de ellos sea compatible con los criterios evangélicos. ¿Qué significa mejor parroquia o mejor diócesis? ¿Qué criterios usamos para los calificativos mejor o peor?

Sacerdotalmente hablando, ¿qué importa estar en un sitio o en otro? ¿Qué más da tener un cargo que otro? Déjate conducir siempre por Dios. Para mí, el gran fracaso de mi vida sacerdotal sería estar en un sitio que no fuera el querido por Dios, bien por haberlo pedido, bien por haberlo rehuido, bien por haberme resistido a cualquier cambio. Cuando se te proponga algún cam-

bio, es normal, y a veces necesario, que con rectitud de intención, expongas los inconvenientes que veas, pero una vez sopesadas tus razones por el obispo, debes, en conciencia, atenerte a lo que disponga. Tendrás siempre la conciencia tranquila en cuanto a estar en tu puesto. De lo contrario, tu actividad sacerdotal quedará viciada de entrada. Y ten en cuenta que hay maneras muy finas para pedir un cargo determinado. Te lo repito: ten siempre en ésto la conciencia tranquila.

Cada traslado supone para cualquier sacerdote una ruptura con la comunidad a la que ha estado dedicando su vida. Es como si se cambiase de familia. Lógicamente, cuesta. Se comprende que haya quien se resista al cambio; se comprende que se busque a quien apoye para seguir en el mismo sitio; se comprende que el sacerdote se haga un poco el víctima cuando le quieren cambiar; se comprende que se envíen grupos para hablar con el obispo para que no haya cambio. Lo que no se comprende, desde un espíritu de limpieza evangélica, es que se actúe de ese modo por quien ha consagrado su vida al Evangelio.

Y la tercera dificultad con que te encontrarás es la soledad ambiental, fíjate que digo ambiental, no

vital. Al decir ambiental, me refiero a que el sacerdote se mueve en un plano distinto del que se mueven los demás. Es la misma soledad que tuvo que afrontar el Señor. Es el precio que hay que pagar por estar en el mundo sin ser del mundo.

Toda tu vida, como la de Cristo, debe hacer referencia al Padre y a su designio de salvación de todos los hombres. No se trata sólo de que seas en tu vida consecuente con la fe cristiana como cualquier creyente en Cristo Jesús. Se trata además de que tu vida tenga una proyección universal de redención. Es algo que se nos pide a todos los sacerdotes, precisamente por serlo. La razón es que el Señor nos ha asumido por el sacramento para ser en el mundo presencia viva de Cristo sacerdote. Nuestro objetivo, desde el momento de la ordenación, es el mismo de Cristo: la misión que Él recibió del Padre, nos la ha encomendado a nosotros. Y su misión es la salvación de todos los hombres.

Ese es, Juan Manuel, tu objetivo: tu vida, toda tu vida, como la de Cristo, al servicio de todos los hombres. Al decir toda tu vida, quiero decir eso precisamente: toda. Y al decir por todos los hombres, quiero decir eso también: todos, es decir, cualquiera. Toda tu

vida por cualquiera, como la de Cristo. Y si es toda tu vida por cualquiera, hay una connotación de perpetuidad: toda tu vida, siempre, por cualquiera.

Precisamente por esa especificidad de tu sacerdocio, tu vida no es como la de los demás, por eso tendrás una soledad ambiental. Pero tu vida tendrá una plenitud vital en cuanto vinculada plenamente a la de Cristo en comunión con los demás sacerdotes. Habrás de ser muy consciente de que nada es automático en el orden de la vida. La vida hay que ir forjándola día a día. La vida de cualquier hombre es fruto de su propia historia, y la historia impone unas realidades, unas son positivas y otras son negativas. La historia y la vida nos llaman a la libertad. Toda vida es lucha por la libertad.

Ahí es precisamente donde se encuentra el gran objetivo a conseguir: ser libre para poder realizarte plenamente como sacerdote. Nada ni nadie te lo debe impedir. Cualquier situación que pueda mermar la plena expresión de tu sacerdocio, debe ser superada. No puedes andarte con medias tintas. Tu libertad está en función de una plena realización de tu sacerdocio.

Todas las renunciaciones que exige el sacerdocio, hay que verlas desde esta óptica. Se trata de renunciar a todo lo que pueda empañar la vivencia personal del sacerdocio que tienes. Hay toda una serie de renunciaciones que son comunes al sacerdote y a cualquier cristiano: son las renunciaciones que se derivan de la vivencia de las Bienaventuranzas, en ellas el Señor nos invita a poner nuestra confianza únicamente en el Señor.

Pero al sacerdote se le pide una renuncia especial: que renuncie a vincular su vida a una familia. Bien entendido que, ni en un caso ni en otro, la renuncia es objeto de la vocación, sino consecuencia de una determinada opción vocacional. Se renuncia por la incompatibilidad de aquello a lo que se renuncia con la opción que uno hace. La renuncia a los bienes de este mundo no tiene sentido más que con la incompatibilidad de estos bienes con la opción de poner nuestra confianza únicamente en el Señor. Y esto tanto en la opción cristiana general, como en la opción que se hace en la consagración religiosa, de ser testimonio ante el mundo de la grandeza de los bienes del Reino.

El celibato en el sacerdote, si lo consideramos como la renuncia del matrimonio, no es objeto de vo-

cación. No vale decir, como a veces se dice por ahí, que la Iglesia lo impone al sacerdote aunque éste no tenga vocación al celibato, sino sólo al sacerdocio. Incluso se dice que hay un atropello a la libertad del candidato al sacerdocio. Nadie que sea normal tiene vocación al celibato, si por celibato se entiende el hecho de no contraer matrimonio.

El celibato está en función de un proyecto de vida que consiste en ofrecerla toda y para siempre por quienes ofreció Cristo la suya. Por eso, aunque el celibato no forme parte del ser ontológico del sacerdocio, posibilita al célibe dar a su sacerdocio toda su dimensión apostólica.

Algunos hablan de compaginar el ser casado con ser sacerdote. Pero si el sacerdote se debe a todos por igual con dedicación plena, ¿cómo compaginar esa dedicación con la atención preferente que debe dedicarse a la propia familia? Y aunque se hable de que el sacerdote casado podría servir de modelo a los matrimonios cristianos, no olvides que es la comunidad cristiana la que ha de amar los distintos carismas. El problema, por tanto, nunca te lo debes plantear si tienes o no vocación al celibato, si te gustaría o no contraer matrimonio. El

problema está en si quieres, o no, estar completamente libre de todo aquello —aunque se trate de cosas buenas y santas— que te pueda impedir la realización en plenitud de tu sacerdocio, es decir, si quieres ser, a imitación de Cristo sacerdote, totalmente para todos y para todos por igual. Ese es el problema.

Las crisis sobre el particular podrán tener distintas motivaciones, pero en el fondo estará siempre la falta de decisión en cuanto a vivir las exigencias del sacerdocio. Es precisamente entonces cuando uno se ve imposibilitado para superar la soledad ambiental, la falta de comunión vital. El problema no es de celibato, sino de falta de decisión en cuanto a vivir las exigencias del sacerdocio. Y es que el amor no admite juegos.

Si no juegas con el amor de Cristo, irás descubriendo nuevos horizontes en tu amor. Irás aprendiendo a amar con Él. Irás descubriendo cómo eres capaz de amar con limpieza, con desinterés, a cualquiera que se cruce en tu camino. Irás superando la dimensión egoísta que todo amor humano tiene, pues incluso los amores más limpios tienen siempre una referencia al propio yo: mi esposa, mis hijos, mis padres, mis her-

manos... siempre el posesivo “mis”, siempre sin acabar de desprenderse de uno mismo.

Tu fe en tu sacerdocio te ayudará a despertar a la vivencia personal del amor de Cristo. Irás superando cualquier amor humano elevándolo a la categoría del amor divino. Amarás a cualquiera como lo está amando el mismo Cristo. Irás sublimando tu amor a los demás. Irás desarrollando un amor sin el condicionamiento de vínculos familiares, por hablarte del amor más limpio que se da entre los hombres, un amor que sólo pretende dar, porque está basado en la donación que el sacerdote ha hecho de su persona al Señor para que se continúe en el mundo el amor que el Padre ha demostrado al mundo en Cristo Salvador.

Es entonces cuando habrás logrado superar la soledad ambiental del sacerdote. Es cuando estarás viviendo una comunión vital realmente maravillosa. Es cuando te estarás realizando como sacerdote, cuando por nada del mundo te volverás atrás. Habrás descubierto el auténtico amor de Cristo en comparación del cual San Pablo dice que todo lo demás lo considera basura. No importa entonces que no te acepten, que no te comprendan, que te rechacen. No estarás solo. Esta-

rás llenándote del amor infinito de Dios, estarás en una maravillosa comunión vital con quien es la plenitud del amor.

CARTA 6^A ESPIRITUALIDAD SACERDOTAL

Querido Juan:

No quiero dejar de ofrecerte unas consideraciones sobre lo que debe ser la espiritualidad del sacerdote. Quizá no encuentres nada nuevo en esta carta, sólo quiero sacar unas conclusiones de lo que te he dicho en las otras, conclusiones que es posible te sirvan para vivir dignamente lo que eres. En eso consiste la espiritualidad sacerdotal.

Lo primero que habrás de tener en cuenta para ello es que la vivencia del espíritu de las Bienaventuranzas ha de estar en la base de cualquier espiritualidad cristiana. En eso hemos de coincidir los sacerdotes con cualquier otro cristiano.

Pero, precisamente porque el sacerdote tiene una misión específica, su espiritualidad se ha de traducir de manera muy peculiar a su propio estado, la común espiritualidad de las Bienaventuranzas. Es como

la luz que atraviesa cristales de distinto color. La misma luz adquiere tonalidades distintas según sean los colores de los cristales: así sucede con la espiritualidad evangélica que se diversifica según la misión que cada uno tiene en la Iglesia.

Precisamente por tu nueva significación en la Iglesia, toda tu vivencia de fe, tu oración, tu acción apostólica, deberán tener una dimensión distinta que, de momento, vale clasificarla de “sacerdotal”. Tu oración, tu participación en la liturgia, tu actividad las has de vivir desde tu ministerio y en función de tu ministerio. Todo ello ha de tener un color distinto del color que esas acciones puedan tener realizadas por cualquier otro cristiano.

En esta carta, pues, no voy a hablarte de lo que nos es común con los demás cristianos, sino de lo específico sacerdotal en actividades comunes. Siguiendo con el ejemplo de la luz y de la tonalidad, no te voy a hablar del hecho de iluminar, sino del tono propio y peculiar que debe tener la iluminación del sacerdote.

Vivir tu espiritualidad debe exigirte un encuentro contigo mismo, con el Señor y con los demás, pero ese encuentro has de intensificarlo desde la vivencia

de tu nueva significación dentro de la Iglesia. Es decir, Dios no sólo es para ti el Padre que quiere salvarte, sino el Padre que te ha concedido la misma misión que dio a su Hijo; tú no sólo eres el pecador llamado a la vida, sino llamado también a ofrecer la vida a los demás; los hombres no sólo son tus hermanos, destinados como tú a la salvación, sino también los destinatarios de la misión que has recibido de Cristo. En tus relaciones interpersonales, nunca debes prescindir de tu ministerio. Luz y tonalidad han de estar siempre unidas en tu vida.

Tu ministerio sacerdotal —tonalidad de tu luz— ha de impregnar toda tu vida y toda tu actividad; habrá de ser tu fuente de santificación; serás más sacerdote cuanto más santo seas; y, al revés, serás más santo cuanto más sacerdote. Tu sacerdocio no puedes desconectarlo de tu vida espiritual; lo contrario de lo que sucede en otras profesiones: ser buen médico, buen maestro, buen mecánico, no es lo mismo que ser santo, no impregnan todas las dimensiones de la persona.

Tu vivencia de la espiritualidad sacerdotal te permitirá ir adquiriendo tu talla y tu madurez como hombre, como cristiano y como sacerdote. Serás más hombre y más cristiano cuanto más sacerdote.

Desde esta perspectiva, voy a ofrecerte unas consideraciones sobre la oración y sobre la liturgia como soportes de toda tu actividad.

Tu oración, como la de Jesús, debe situarte ante el Padre como sacerdote suyo. Tu oración debe reproducir la oración de Jesús. Para ello necesitas sentir en ti la presencia de Jesús, esto te ayudará a ser “otro Jesús”. Precisamente por ello deberás ser un contemplativo. Deberás contemplar a Jesús no sólo como tu salvador, sino como salvador de los demás a través de ti; deberás contemplarlo como sacerdote para ser tú también sacerdote a su medida. Esta contemplación de Cristo sacerdote te permitirá ser cada día más consciente de tu misión y de lo que el Señor te pide para que seas como debes ser. Tu contemplación vendrá a ser como la contemplación de un paisaje por el artista cuando quiere reproducirlo. Alguien ha definido al sacerdote, en lenguaje cinematográfico, como el doble de Cristo: los que le ven, tienen la impresión de estar viendo a Aquel a quien dobla.

Como Jesús, has de sentirte vinculado a todos los hombres, solidario con todos sus sufrimientos, dolores, aspiraciones, gozos, ilusiones y esperanzas. Te

has de sentir portador de todos sus pecados repitiendo una y mil veces las palabras de nuestro Sumo Sacerdote: “*Heme aquí para hacer tu voluntad*”.

Como Jesús, deberás alabar constantemente al Padre porque se nos ha revelado en su inmenso amor y cariño hacia todos.

Como Jesús, habrás de pedir por todos para que se cumpla el designio del Padre de hermanarnos, de aunarnos y de hacernos una sola cosa con Él.

Como Jesús, habrás de exigirte el cumplimiento de la voluntad del Padre sobre ti, aunque te cueste y aunque hayas de repetir muchas veces durante tu vida la frase “*si es posible, pase de mi este cáliz*”.

Por tu vinculación a Jesús, habrás de estar cada día en actitud de conversión, tratando de ser menos tú y más Él; habrás de purificar criterios, actitudes y obras para que, a través de ti, se transparente la acción redentora de Cristo; habrás de madurar tus decisiones. En tu oración necesitarás momentos de silencio para serenarte, para encontrarte como sacerdote, para conseguir hacer unidad en tu vida, para ir descubriendo lo que el Señor te está pidiendo en cada momento.

Nunca prescindas de esta intimidad con el Señor, te encontrarías muy solo en tu vida. Estás en el mundo, pero no eres del mundo, eres del Señor. Sé consecuente. Si eres de Él, vive siempre muy unido a Él. Trata de verlo siempre actuando en ti y a través de ti. Déjate acompañar por Él. No estés nunca solo. El sacerdote puede estar solo aunque se mueva constantemente deshaciéndose por los demás; sus criterios y sus motivaciones al actuar, pueden no estar en sintonía con los de Cristo. Esto equivaldría a un fracaso en tu vida sacerdotal.

Y si a cualquier cristiano le podemos decir que el Señor se merece que le dedique tiempo en que expresarle su amor, como lo hace el hijo con el padre, el novio con la novia, el esposo con la esposa, ¿no te parece que el Señor se merece también del sacerdote esos “ratos perdidos” que se dedican entre sí las personas que se aman?

Hay una interacción entre obras y contemplación: en el centro, siempre Cristo, el Señor, como amigo íntimo y como modelo, a quien se escucha y a quien se habla, a quien se contempla y a quien se sigue. Se trata de una contemplación que penetra toda

nuestra vida y toda nuestra acción, les da sentido, las orienta y las purifica. Quien contempla con seriedad a Dios, sobre todo en la revelación que nos hace de sí mismo en Cristo, siente la urgencia de ser y de actuar como Dios quiere. Se está situando cada vez con mayor naturalidad en Dios, y desde Dios enjuicia, discierne y actúa. Las personas se van compenetrando a medida que se relacionan en intimidad. En el caso de nuestra relación con Dios, por ser Él la plenitud, y por ser el amor, nos compenetramos con la plenitud del amor. Lo cual significa que vamos recibiendo de su plenitud y de su amor, a medida que nos sumergimos en su intimidad.

Esto no es, ni mucho menos, una evasión de tus responsabilidades como sacerdote. Al contrario, es darles contenido y fuste. Lo que no se puede es pretender dar a tu vida un aire de exigencia y de compromiso sacerdotal sin el nervio y la fuerza que sólo puede dar la intimidad y la compenetración con el Señor. La causa de muchos fracasos, tanto de sacerdotes como de seculares, está en querer afrontar unos compromisos y unas responsabilidades sin la fuerza que únicamente puede provenir de la compenetración con el Señor. No

se trata de rehuirlos con la oración, sino de afrontarlos con garantía de éxito. La fe, la oración y las obras forman lo que podríamos llamar un círculo virtuoso en contraposición al círculo vicioso que se forma cuando falla alguno de estos elementos.

No se puede ser el hombre de Dios si no se contempla a Dios, si no se le escucha, si no se tiene intimidad personal con Él, si nuestra vida no está llena de Él. No podemos atraer hacia Dios si no estamos actuando desde Él. No podemos entusiasmar si no estamos entusiasmados. No podemos comunicar la experiencia de Dios si no la sentimos. Si la vida cristiana se resuelve en una relación interpersonal de intimidad con Dios, no podemos ser los animadores espirituales de nuestro pueblo, a no ser que vivamos intensamente esta dimensión contemplativa.

La vivencia de tu oración sacerdotal te permitirá ayudar a todos a encontrar el cauce de su propia y peculiar oración. Y esto, querido Juan, o se vive con intensidad o las palabras que decimos sobre ello sueñan a hueco. Tu espiritualidad vivida en tu oración es medio indispensable para poder ayudar positivamente a la vivencia de la espiritualidad cristiana.

En toda comunidad cristiana se ha desarrollado siempre, prescindiendo del mayor o menor número, esta dimensión, es fundamental, es esencial, y si no ¿en qué consistiría la amistad con el Señor? Es posible que digamos que en nuestros ambientes no hay nadie que tenga estas inquietudes, es posible que creamos que la contemplación no interesa hoy día, incluso algún sacerdote puede decir que todos los que forman su comunidad son del montón. Sería triste que quien preside una comunidad pudiera hacer esa afirmación, pues sólo quien es del montón puede llegar a afirmar eso. Quien no vive la dimensión contemplativa, se incapacita para recibirla. El sacerdote, en la medida en que la vive, percibe los gérmenes más pequeños de esta vida y fomenta su crecimiento y desarrollo. Mala señal sería para un responsable de una comunidad cristiana no percibir el deseo y los signos de contemplación que, en mayor o menor número e intensidad, se dan en todas las comunidades. Dios emite en una determinada longitud de onda, y sólo desde esa sintonía podremos percibir cómo Dios se comunica con el hombre y cómo el hombre se comunica con Dios. ¿No es esto lo que hicieron los santos? Ellos fueron auténticos contem-

plativos, sintonizaban con Dios, pudieron escucharle y escuchar también a los hombres desde esa misma longitud de onda. Por eso fueron capaces de traducir cualquier hecho y cualquier situación al lenguaje religioso, y por eso fueron capaces de hacerlo con naturalidad y espontaneidad.

Yo, querido Juan, ni te pido que hagas tal clase de oración ni que le dediques determinado espacio de tiempo; lo que te pido con toda el alma es que, con humildad y constancia, supliques al Señor para que te dé el sentido de la contemplación. El sacerdote sin sentido de contemplación es un ser frustrado. Los métodos podrán ser muy distintos, pero sin esta actitud, ni se encuentra sentido a los métodos, ni a las técnicas, ni a las prácticas de oración, ni tampoco a la realidad misma del sacerdocio, puesto que el sacerdote fundamentalmente es contemplativo y ofrece a los demás el fruto de su contemplación.

Esta actitud, como todas, necesita de unas prácticas por las que se manifiesta y se desarrolla, no se da como fruta de secano. La intimidad interpersonal no crece si no se fomenta; no se trata de vida vegetativa. En nuestras manos tenemos los sacerdotes dos medios

extraordinarios para fomentar la dimensión contemplativa en nuestra vida sacerdotal: la Liturgia de las Horas y las celebraciones sacerdotales. Personalizar esos medios es responsabilidad de cada cual. ¿Cómo hacerlo? No creo que se puedan dar normas válidas para todos. Lo que ciertamente sí es válido para todos es que, si se realizan aprisa y meramente por cumplir, son inútiles para la espiritualidad del sacerdote. Pero teniendo bien entendido que lo inútil no serían esos medios, sino nuestra actitud ante ellos.

En cuanto a la liturgia de las horas es posible que haya sacerdotes a quienes esa oración no les diga nada. Es posible que se rece sólo por cumplir, que se rece sin enterarse de lo que se lee. Y es posible que también tú sientas alguna vez la tentación de abandonar esta oración que el sacerdote, en nombre de la Iglesia, tiene obligación grave de hacer.

Personalmente no consideraría como caso perdido a un sacerdote que prescindiese de esta oración si, en lugar de ella, dedicase un suficiente espacio de su vida diaria a una oración seria y auténtica. Porque cuando un sacerdote deja la Liturgia de las Horas, el problema no está en que esa oración no le dice nada; el proble-

ma, Juan, ni está en los Salmos, ni en las oraciones, ni en las lecturas, el problema está en la falta de sentido de oración. Y esto es lo realmente grave. El sacerdote que dejase la liturgia de las horas sin sustituirla por otra oración, sería como el enfermo inapetente: su problema no estaría en que rechaza un determinado tipo de alimento, sino en la falta de apetito. Normalmente cuando un sacerdote no reza la Liturgia de las Horas, es que ya no tiene oración. Aunque para justificarse diga que esa oración no le dice nada, ¿quién le impide detenerse en un salmo contemplando y meditando lo que allí se dice? ¿Quién le impide penetrar en profundidad en el sentido de cualquier oración? ¿Quién le impide leer y releer los pasajes bíblicos propuestos? Tenemos poco tiempo, es cierto, y muchas ocupaciones, también. Pero, ¿en conciencia creemos que lo que nos ocupa el tiempo es más necesario, sacerdotalmente hablando, que la oración que hacemos en nombre de la Iglesia? Si el sacerdote tiene algo que transmitir, es lo que vive por la oración.

Además de la oración personal y de la Liturgia de las Horas, te aconsejo que centres tu espiritualidad sacerdotal en las celebraciones sacramentales que son también oración y oración de Jesús.

De entrada, te hablaría de vivencia litúrgica de tu sacerdocio más que de lo que normalmente entendemos por celebraciones litúrgicas. Quiero decir que, al hablarte de liturgia, no entiendas sólo la media hora o la hora que pueda durar la celebración cuidada y programada de cualquier acto litúrgico, más bien debes entender la liturgia en un sentido más amplio, como el culto que estás ofreciendo a Dios durante toda tu vida sacerdotal. Se trata de que, a imitación de Cristo, hagas de tu vida un culto al Padre; se trata de que, como Cristo, identifiques ministerio y vida, haciendo que toda tu vida sea oración; se trata de que tu ministerio, tu vida y tu oración sean sacerdotales como lo fueron en Cristo.

Para ello encontrarás en las celebraciones un momento privilegiado, pues en ellas expresas que tu vida está dedicada, como la de Cristo, a la salvación de todos los hombres; nunca olvides que en las celebraciones tu oración y tu vinculación al Señor adquieren su máxima expresión sacerdotal; nunca olvides que las celebraciones son una invitación abierta a participar en el misterio mediante la aportación de tu vida y de la vida de los fieles, y nunca olvides que, si tratas de vivir con seriedad tu compromiso litúrgico, tu vivencia litúr-

gica ayudará a todos a ofrecer también sus vidas como culto al Padre.

De lo que se trata es de que tanto tú como los fieles os sintáis interpelados, de que os toméis en serio el misterio de Cristo tratando de hacer de él una vivencia personal. Y hacia este objetivo habrá de orientarse toda celebración. Que el pueblo vea que se está celebrando nada menos que el misterio de la muerte y resurrección del Señor; que se está celebrando con seriedad, no por compromiso ni por cumplimiento; que se está celebrando algo vital para ellos y para el mundo; que en esa celebración han de implicar sus vidas tratando de hacer suyos los mismos sentimientos de Cristo. Solamente así tú y la gente encontraréis sentido a las celebraciones, éstas no se convertirán en un ritualismo, sino en algo vivo que irá haciendo de vuestras vidas un culto al Padre en espíritu y en verdad.

Si a veces nos quejamos de que la gente se aburre en nuestras celebraciones, ¿no será porque no ven en ellas una conexión real con la vida y el compromiso cristiano de cada día? ¿No será porque nuestras celebraciones no les dicen nada? ¿No será porque nosotros, los sacerdotes, convertimos en ritualismo lo que

es punto culminante de una vida que, a pesar de su pequeñez, quiere tomar en serio al Señor? La gente, querido Juan, se aburre en las celebraciones no porque sean largas, sino porque no les encuentra sentido, porque no se sienten invitados a implicar en ellas sus vidas, porque no encuentran allí lo que están buscando. Y si a veces nos preguntamos qué es lo que buscan — porque con frecuencia podemos tener la impresión de que no buscan nada— lo que debiéramos plantearnos es si estamos haciendo lo posible para suscitar en ellos el deseo de búsqueda de Dios y de hacer aflorar este deseo que, desde el momento en que asisten, está más o menos explícito, pero está.

Desde esta perspectiva de las celebraciones litúrgicas, quiero hablarte de algunas celebraciones en particular que creo pueden tener una gran incidencia en tu espiritualidad sacerdotal. Concretamente me estoy refiriendo a la Eucaristía y a la Penitencia.

En cuanto a la Eucaristía, tu misa será el punto culminante de toda tu vida sacerdotal, como la cruz fue el punto culminante de toda la vida sacerdotal de Cristo. Y como toda la vida sacerdotal de Cristo estuvo ordenada a la cruz, toda la vida sacerdotal tuya estará también

ordenada a tu identificación con Cristo en la Cruz: toda tu vida, como la de Cristo, será una liturgia, un culto al Padre que es el mismo culto que Cristo le ofreció en nombre de toda la humanidad.

Como la cruz fue resumen de la vida de Cristo y su momento cumbre, la misa lo es en la vida del sacerdote. Nunca el sacerdote está más en su puesto que cuando está celebrando la Eucaristía. La misa es la razón de nuestra vida sacerdotal: misa y vida han de estar en sintonía, como lo estuvieron en Cristo vida y cruz. Si no hay sintonía, no damos la talla, nuestra celebración suena a hueco, nuestra celebración no acaba de tener sentido y la gente se aburre: hacemos reír y, a lo más, la gente nos tolera.

La Eucaristía no es un momento, sino un valor que hemos de vivir continua y permanentemente. Toda vida sacerdotal debe constituirse en un intento serio de vivir la Eucaristía, es decir, de convertir su propia vida en un don que se ofrece al Padre para la salvación de todos los hombres. Los sacerdotes hemos sido llamados para convertirnos en Eucaristía.

En esta línea hemos de tratar de sentirnos interpelados continuamente; al mismo tiempo, debemos

ayudar a los fieles a que también se sientan interpelados. Sólo desde esta perspectiva podremos encontrar el ritmo más apropiado para la celebración eucarística; es decir, para saber encontrar nuestro puesto y para ayudar a los fieles a encontrar el suyo.

Nuestro puesto en la Eucaristía es el de Cristo, hacemos sus veces, nos convertimos en Él, ocupamos su lugar. Quizá la frase del Bautista “*es preciso que Él crezca y que yo disminuya*” pueda resumir nuestra actitud fundamental en la Eucaristía: que quede de nosotros lo indispensable para poder ser soporte de Cristo.

Desde esta transformación en Cristo, podremos encontrar sentido a nuestra acción sacerdotal. En la Eucaristía concebida como identificación personal con Cristo, podremos encontrar una ocasión privilegiada para hacer Iglesia, para crear comunidad, para hacer comunión, es decir, para realizarnos como sacerdotes.

Desde la Eucaristía, nuestra palabra será, más que nunca, Palabra de Dios. Y desde la Eucaristía, toda nuestra vida será también, más que nunca, holocausto ofrecido al Padre. El pueblo es consciente de que en la Eucaristía Cristo habla y actúa a través de nosotros. Recuerdo a este propósito una frase que decían en mi

pueblo: “*ha dicho el Sr. Cura al pie del altar...*”. Lo que el sacerdote decía “al pie del altar” tenía para ellos un valor especial, porque el sacerdote tenía también un significado especial cuando estaba celebrando la Eucaristía.

Te invito a profundizar en esta realidad sacerdotal cuya expresión más perfecta tiene lugar en la celebración de la Eucaristía, indudablemente podrás encontrar en esta profundización lo que es fundamental en la vivencia de tu sacerdocio. A veces corremos el peligro de deslizarnos hacia lo accidental.

Saber estar en nuestro puesto es fundamental para la vivencia de nuestra espiritualidad sacerdotal. No se trata de estar a gusto en cualquier reunión eucarística, se trata de sentirnos interpelados y de ayudar a que los demás se sientan también interpelados. Lo accidental es que el grupo que celebra la Eucaristía sea reducido o numeroso, lo accidental es que se trate de un grupo uniforme en criterios y actitudes o de un grupo de distinto nivel de fe y de compromiso. Cristo supo estar en su puesto en el momento cálido de la última cena y en el momento desolado de la cruz. En ambas ocasiones se sintió plenamente sacerdote y

sólo sacerdote. Así nos hemos de sentir también nosotros. Sólo desde esa perspectiva encontraremos la manera más apta de realizar nuestra misión sacerdotal, sólo desde una visión profunda de fe, sabremos actuar en cualquier ocasión como sacerdotes y sólo como sacerdotes. La tendencia que hay en ciertos ambientes a despreciar las celebraciones con mucha gente y a valorar únicamente las celebraciones eucarísticas en grupos reducidos, ¿no estará haciendo peligrar lo fundamental en la celebración? ¿no se estará corriendo el peligro de convertir en psicogrupo lo que es una comunidad eclesial?

No es que yo me oponga a esas celebraciones. Al contrario. Sólo apunto a que en ellas, el sacerdote sepa estar en su puesto, en ellas y en las otras. Lo que quiero decirte es que, tanto en unas como en otras, sepas estar siempre en tu puesto, el de Cristo. Y que no te dejes llevar por otros sentimientos que por los de Cristo, que sepas “estar”, tanto en la soledad de la cruz como en la intimidad de los discípulos en la última cena.

Tu actitud en la Eucaristía es, como la de Cristo, sacrificial. De ahí arranca la presidencia eucarística,

y tú serás quien, en nombre de Cristo, presidirás la Eucaristía. Procura penetrar en el misterio y no quedarte en la superficialidad de unas ceremonias en las que el presidente de la celebración tiene una relevancia especial. Presides como presidió Cristo; presides desde la cruz de tu vida; presides haciendo de tu vida un don, un holocausto, un sacrificio. Hoy se insiste mucho en el sentido de banquete que tiene la Eucaristía, pero hay que tener en cuenta que el banquete tiene razón de ser desde el holocausto previo de la víctima. No hay banquete sin víctima, no hay comunión sin sacrificio. Cristo es sacerdote y víctima, tú has de serlo también. Sólo desde tu victimación tendrá sentido tu sacerdocio. No te andes por las ramas, Juan. Eres otro Cristo. Llena de contenido tu significación eucarística, trata de sentirte Cristo, pero con todas las consecuencias. Tu sacerdocio es servicio y servicio como donación total e incondicional de tu vida en función de la comunión, y esto sólo lo podrás conseguir haciendo de tu vida un holocausto, a imitación de Cristo.

Ahí está tu proyecto de espiritualidad sacerdotal. Ahí está tu propia identidad como sacerdote. No la busques por otros caminos, esto equivaldría a rehuir

tus propias responsabilidades. Entra de lleno en el misterio de Cristo, entra de lleno en el misterio de la cruz del Señor. Haz de tu vida una auténtica Eucaristía y sólo así podrás ayudar a los fieles a hacer también una Eucaristía de sus propias vidas.

La celebración litúrgica no será para ti un rito con el que hay que cumplir, más bien será la expresión de lo que estás viviendo y una invitación abierta para que los fieles participen en el misterio de la muerte y resurrección del Señor. Nunca te quejes de que te pasas todo el día diciendo misas. Esa queja vendría a significar que eres un espectador del misterio, que estás fuera, sencillamente, que estás cumpliendo con una profesión. La consecuencia sería salir del paso, acabar cuanto antes, cumplir unos trámites. En una palabra, desvirtuar tu sacerdocio. Vive lo que celebras y pon vida donde están en juego la vida de Cristo, la tuya y la de los fieles.

Además de la celebración eucarística, quería recordarte para la vivencia de tu espiritualidad sacerdotal, otra celebración litúrgica verdaderamente importante: la celebración del perdón de Dios. Como sacerdote, eres portador del perdón de Dios. ¿Has pen-

sado en profundidad lo que esto significa? La gran obra de Cristo como sacerdote consiste en esto: ofrecernos el perdón del Padre. Y tú lo estás ofreciendo en su nombre, y lo estás ofreciendo a todos.

Tú has sido perdonado por Dios y te estarás sintiendo perdonado constantemente y deberás estar proclamando por todas partes lo maravilloso que resulta esto. Cada día estarás repitiendo en el altar, al consagrar el cuerpo y la sangre del Señor: “...*que será derramada por todos los hombres para el perdón de los pecados*”. Y teniendo en alto el cuerpo de Cristo, estarás también repitiendo cada día: “*Este es el cordero de Dios que quita el pecado del mundo*”.

Esto que proclamas, lo habrás de realizar en tu vida ministerial. ¿No te parece que un sacerdote que no perdona los pecados está fracasando en el ejercicio de su sacerdocio? ¿Puede concebirse a un sacerdote rehuyendo ofrecer el sacramento del perdón? ¿Qué objetivos puede trazarse en su vida sacerdotal? Su vida sería una incongruencia.

Eres portador del perdón de Dios. Cristo está en ti para perdonar, para purificar, para renovar. Como sacerdote predicas, convives con la gente, catequizas, te

reúnes con grupos cercanos o lejanos —no importa—, recibes confidencias, te haces el contradicho con gente que busca... ¿Para qué, si no perdonas? ¿Es posible que cuando alguien, después de haber escuchado en tu palabra la Palabra de Dios, se decide a volver a la casa paterna, no encuentre en ti al Padre que está esperando —ésta es la actitud— para estrecharle en un abrazo de perdón?

Mira, Juan, no sé si repetirte esto por activa y por pasiva, en todo lo que resta de la carta; no sé si ir repitiéndote lo mismo de mil maneras; no sé cómo hacerte sentir la urgencia ineludible, para el sacerdote, de perdonar. Pero es que un sacerdote que no perdona, ha dimitido de su sacerdocio, ha fracasado rotundamente.

Es cierto que el sacramento del perdón en nuestros días está devaluado, pero esto debe ser precisamente un motivo para revalorizarlo. Es cierto que muchos lo rehuyen, pero esto nos debe mover a insistir constantemente en su necesidad. Es cierto que hay mucha rutina, pero esto nos debe animar a preparar más y mejor a los fieles. Es cierto que se está perdiendo el sentido del pecado, pero esto ha de estimularnos a insistir en que el pecado sigue existiendo como rup-

tura de comunión entre Dios y el hombre. Es cierto que, en ocasiones, se ha administrado el sacramento del perdón con ligereza, pero esto nos debe mover a administrarlo con seriedad. Es cierto que hay bastante desconcierto sobre algunas cuestiones morales, pero esto nos debe exigir una mayor fidelidad a las orientaciones y enseñanzas del Magisterio. Es cierto que a los sacerdotes nos cuesta estar esperando que acuda la gente, pero esta espera viene a ser una expresión más del cariño del Padre que espera la vuelta del hijo. Es cierto que hay confesiones de compromiso con motivo de ciertos actos religiosos que llamamos sociales, pero esto nos debe urgir a preparar con tiempo, constancia y paciencia, a nuestros fieles un poco ausentes de la vida y del ritmo de nuestra comunidad cristiana.

Lo que no puedo comprender de ninguna manera es que, por toda una serie de razones como las expuestas, un sacerdote se sienta al margen de gran sacramento del perdón de Dios.

Por otra parte, debes saber estar con dignidad en tu puesto: transparencia de Cristo. Ocúpalo con altura. Debes saber acoger, comprender, animar y estimular. Debes saber ser presencia viva y misericordiosa

del Dios que perdona, del Dios que es amor y que se nos manifiesta como Padre. Debes esforzarte en hacer del sacramento del perdón un encuentro personal entre Cristo y el cristiano. Que el sacramento sea siempre una llamada y una invitación a una vida nueva, a una mayor generosidad y a una entrega más perfecta al servicio del Señor; que sirva siempre para afrontar con fe las propias responsabilidades; que suponga siempre un nuevo punto de arranque en el proceso de renovación y superación personal. Haz percibir a todos el gozo y la alegría de saberse perdonados por el Señor; ayúdales a ser conscientes de su responsabilidad ante el Señor que sigue confiando en ellos; que perciban a través de ti el inmenso cariño de Dios a cada uno, a pesar de sus flaquezas y debilidades. Ayúdales a poner su confianza en el Señor.

Por último, quiero decirte unas palabras sobre algo fundamental en la espiritualidad sacerdotal y cristiana. Es algo que todos llevamos muy dentro desde pequeños: la devoción a la Virgen. Todos hemos sido iniciados en esta devoción con mayor o menor corrección. Lo cierto es que esta devoción ha calado hondo en el pueblo fiel.

Para mí, una de las ideas más luminosas sobre la Virgen está expresada por el Vaticano II al decir que en la Virgen, la Iglesia ha alcanzado ya su perfección y, por tanto, brilla ante la comunidad de los elegidos como modelo de virtudes.

Si por una parte somos pueblo peregrino, y por otra, este pueblo ha alcanzado ya su perfección en una criatura, saca las consecuencias. Queremos una Iglesia perfecta: mirémosla, es María. Y si en otra carta te dije que el sacerdote es el artista de la santidad, mira en María el modelo que has de planear. Porque es la Iglesia, no sólo las mujeres, las vírgenes o las madres, la que ha alcanzado ya una perfección en María.

Y bajando al campo de la espiritualidad sacerdotal, quiero sugerirte unas ideas, aparte de recomendarte una lectura pausada y meditada del capítulo VIII de la "*Lumen Gentium*".

Alguien ha definido a la Virgen como una pura capacidad de Jesús llena de Jesús. Por eso lo único que podemos encontrar en ella es a Jesús, que es lo único que tiene y lo único que nos puede dar, y nos lo da a todos.

¿Qué te parece esto como modelo del sacerdote?

No es el momento de largarte un sermón sobre la Virgen, sólo voy a indicarte algunas actitudes tuyas que se me ocurren en este momento y que creo son fundamentales para una vivencia auténtica de tu sacerdocio. La sencillez, su humildad, su ser consciente de que su Dios quiere realizar en ella grandes prodigios, su virginidad, su saber ver la acción de Dios a través de los pequeños y de los pobres, su alabanza a Dios, su plena disponibilidad ante la voluntad del Señor, una obediencia con esperanza y sin desánimo, su atención a las necesidades de los demás, una fortaleza al pie de la cruz, su presencia en la oración de la Iglesia. ¿No son estas actitudes fundamentales en la espiritualidad del sacerdote? ¿Y no es también consolador sentirla a nuestro lado intercediendo por nosotros?

Procura, Juan, reflexionar con seriedad sobre todas estas cosas. Párate a pensar. Aprovecha para ello tiempos de oración, retiros, ejercicios espirituales, diálogos con sacerdotes... Que tus primeros pasos en esta gran aventura de tu sacerdocio los des con firmeza de fe y con gran generosidad. Es lo que la Iglesia necesita de ti; es lo que todos te pedimos en nombre del Señor.